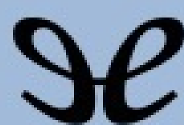
Sobre el amor

Carl Gustav
Jung



«Mi experiencia como médico, al igual que mi propia vida», escribe C. G. Jung, «me han puesto incesantemente ante la pregunta sobre el amor, y nunca fui capaz de dar una respuesta válida». La presente antología de textos extraídos de la rica obra junguiana recoge algunas de las reflexiones más significativas del psicólogo y psiquiatra en torno a «las imprevisibles paradojas del amor» y al conocimiento de que «únicamente en lo opuesto se enciende la vida».

El recorrido a través del Eros («gran vinculador y desligador»), de la relación entre los sexos, el matrimonio, la comunidad y la relación terapéutica, pone de manifiesto la importancia que para la psicoterapia junguiana tiene no sólo la relación de transferencia entre médico y paciente, sino la relación humana. Ocupado en transmitir a sus pacientes «la ficción que cura», Jung hace sobre todo una invitación a «vivir psicológicamente», dedicado como estuvo a fomentar con su trabajo el desarrollo del individuo.



Carl Gustav Jung

Sobre el amor

ePub r1.1

Tivillus 08.12.16

Título original: *Über die Liebe*
Carl Gustav Jung, 2000
Traducción: Luciano Elizaincín & Ángel Reparaz & Carlos Martín

Editor digital: Tivillus
ePub base r1.2



Prólogo

«El problema del amor se me aparece como una montaña monstruosamente grande que con toda mi experiencia no ha hecho más que elevarse», escribió C. G. Jung en 1922. Y casi cuatro décadas más tarde: «Mi experiencia como médico, al igual que mi propia vida, me han puesto incesantemente ante a la pregunta sobre el amor, y nunca fui capaz de dar una respuesta válida».

Si se examina su obra buscando juicios concretos sobre «esa fuerza del destino que abarca desde el cielo hasta el infierno», el resultado es sorprendentemente escaso. Quizá esto tenga que ver con el hecho de que para él era prioritario el individuo y su relación con el mundo interior. De todos modos, este pequeño volumen con citas y textos breves va más allá del tema del amor y comprende las relaciones en el sentido más amplio de la palabra. Esto parece justificado, ya que Jung describía a *Eros*, ese símbolo central del amor, como «aquel que une y separa», como «relación anímica», al cual contraponía el *Logos*, «el interés por las cosas».

Cada uno de los capítulos es como una trama, las transiciones son fluidas. Especialmente los dos conceptos de amor y Eros hacen que se eche de menos la claridad, ya que Jung, en determinados contextos, los utilizaba cómo sinónimos. En el capítulo «Sobre el amor» aparece en primer plano la relación anímica en el sentido más amplio, mientras que en los textos sobre el Eros se une la relación anímica con la sensual.

Muchas personas recurrían a Jung porque el matrimonio tradicional ya no les daba resultado. A este tema tan actual se le dedica un capítulo aparte. En el apartado acerca del ser humano como ser social, Jung parte del hecho de que sólo nos desarrollamos con plenitud cuando cultivamos ambas cosas, tanto nuestra individualidad como nuestra capacidad de relacionarnos. Los textos finales dejan claro cuán importante era el papel que desempeñaba en la psicoterapia junguiana no solamente la relación de transferencia sino también la relación humana.

Al leer, puede pensarse lo siguiente: C. G. Jung no era un pensador aislado. Vivió, trabajó y observó en el aquí y ahora. Debido a esto, en algunas de las citas nos topamos con el espíritu de su tiempo. Y otra cosa: existe una distancia de más de cuatro décadas entre los primeros textos y los más tardíos. C. G. Jung nunca se detuvo y siempre siguió desarrollando sus pensamientos y conceptos. Esto aclara algunas inconsecuencias aparentes.

Sus juicios sobre el amor o la relación anímica siguen siendo de gran actualidad y tienen mucho que decirle al hombre de hoy, a menudo tan desorientado en lo que atañe a las relaciones.

MARÍANNE SCHIESS

Sobre el amor

«El amor se comporta como lo hace Dios: ambos se entregan sólo a su servidor más valiente».

[OC 10, § 232]

¿A qué no se le llama «amor»? Empezando por el mayor misterio de la religión cristiana, encontramos en el siguiente grado de profundidad el *amor Dei* de Orígenes, el *amor intellectualis Dei* de Spinoza, el «amor de la idea» de Platón, el «amor divino cantado por los místicos» *[Gottesminne]*, hasta entrar en la esfera de lo humano con palabras de Goethe:

Dormidos están los salvajes impulsos,
como todo acto impetuoso;
nace ahora el amor humano,
nace el amor de Dios.

(*Fausto*, 1.ª parte, Gabinete de trabajo)

Nos encontramos con el *amor al prójimo*, con su coloración compasiva, en el sentido tanto cristiano como budista, con la filantropía, la asistencia social y, junto a él, el *amor a la patria* y demás instituciones ideales, como la Iglesia, etc. Se alinean a continuación el amor de los padres, sobre todo el *amor materno*, y luego el *amor filial*. Con el *amor de los esposos* dejamos atrás el terreno del espíritu y nos adentramos en esa esfera intermedia que se extiende entre espíritu e instinto, donde, por una parte, la llama pura de Eros se excita hasta convertirse en el fuego de la sexualidad y, por otra, formas de amor ideales, como el amor paterno, el amor a la patria, el amor al prójimo se mezclan con la avidez de *poder* personal, con el deseo de poseer y dominar. Esto no quiere decir que todo contacto con la esfera del instinto signifique necesariamente degradación. Al contrario, la belleza y la verdad de la fuerza amorosa se pone de manifiesto tanto más plenamente cuanto mayor cantidad de instinto sea capaz de contener. Pero cuanto más sofoque el instinto al amor más sale a la luz el animal. Así, el *amor del novio y de la novia* puede ser tal que cabe decir con Goethe:

Cuando la intensa fuerza espiritual
los elementos
para sí arrebató,
no hubo ángel que separase
la doble naturaleza unida
de la intimidad de ambos:
tan sólo el amor eterno
consigue separarla.

(*Fausto*, 2.ª parte, Barranco)

No siempre se trata necesariamente de un amor así, sino que puede ser también un amor de esa clase de la que Nietzsche dice: «dos animales se han reconocido». El

amor de los enamorados cala más hondo. Falta la consagración de la promesa, de los votos de vida en común. En cambio, esa otra belleza del destino, de lo trágico, puede transfigurar este amor. Pero, por lo general, predomina el instinto con su oscura pasión o su chispeante fuego de paja.

[OC 10, § 199 ss.]

El «amor» se revela empíricamente como la fuerza del destino *par excellence*, tanto si aparece como vulgar *concupiscentia* o como la afección más espiritual. Es uno de los móviles más poderosos en los asuntos humanos. Cuando se lo considera «divino», entonces esta denominación se le aplica con todo derecho, pues a lo más poderoso en la psique se le llamó desde siempre «Dios». Se crea o no en Dios, se admire o maldiga, siempre aparece la palabra «Dios» en la lengua. Siempre y en todas partes se llamó «divino» a lo que posee la máxima potencia psíquica. Sin embargo, «Dios» siempre es contrapuesto a las personas y se lo diferencia expresamente de ellas. El amor, con todo, es algo común a ambas partes.

[OC 5, § 98]

El amor es siempre un problema, con independencia de la edad de la persona de quien se trate. En la etapa de la infancia el problema es el amor de los padres; para el anciano el problema es lo que ha hecho con su amor. *El amor es una de las grandes potencias del destino que se extienden desde el cielo hasta el infierno*.

[OC 10, § 198]

Creo que lo mejor que puede hacer usted es comprender todo el problema del amor como un *miraculum per gratiam Dei*, como algo acerca de lo cual nadie sabe nada a ciencia cierta. Es siempre el destino, cuyas últimas raíces jamás desenterraremos. No hay que dejarse confundir por las obras de Dios. Que el sublime absurdo o la absurda sublimidad del acontecer nos sirva para el asombro filosófico.

[*Cartas* I, 274]

Y sin embargo, tiene usted mucha razón cuando dice que el problema del amor es el más importante de la vida. Pero hablar sobre lo más importante es también una de las cosas más arduas. Frente a ello se tiene un recelo muy natural, una especie de veneración, como la que nos inspiran las cosas grandes y fuertes. […] el problema del amor se me aparece como una montaña monstruosamente grande que con toda mi experiencia no ha hecho más que elevarse, precisamente cuando creía haberla casi

escalado.

[*Cartas* I, 60]

Esta implicación del amor en todas las formas de vida, en la medida en que es general, es decir, colectiva, constituye la menor dificultad en comparación con el hecho de que el amor es también, eminentemente, un problema individual. Todo esto quiere decir que bajo este aspecto pierden su validez cualquier criterio y regla general.

[OC 10, § 198]

De todos modos, es difícil pensar que este mundo tan rico fuese demasiado pobre como para no poder ofrecer un objeto al amor de una persona. Ofrece espacio infinito para cada uno. Antes bien, es la incapacidad de amar la que roba al hombre sus posibilidades. Este mundo solamente es vacío para aquel que no sabe dirigir su libido a las cosas y personas para hacérselas vivas y bellas. Lo que, por tanto, nos obliga a crear un sustituto a partir de nosotros mismos no es la carencia exterior de objetos, sino nuestra incapacidad de abrazar amorosamente algo que está fuera de nosotros. Seguramente nos agobien las dificultades de la vida y las contrariedades de la lucha por la existencia, pero tampoco las situaciones externas muy difíciles pueden obstaculizar el amor, por el contrario, pueden estimularnos a realizar los esfuerzos más grandes. Las dificultades reales no podrán nunca reprimir la libido de forma tan duradera como para que surja una neurosis. Para ello hace falta el conflicto, que es la condición de toda neurosis. Solamente la resistencia que su no-querer opone al querer produce esa regresión que puede convertirse en el punto de partida de un trastorno psíquico. La resistencia al amor engendra la incapacidad de amar, o esa incapacidad actúa como obstáculo. Al igual que la libido se asemeja a una corriente constante que hace desembocar su agua en el mundo de la realidad, la resistencia no se asemeja, considerada desde un punto de vista dinámico, a una roca que se alza desde el lecho del río y que es sumergida o rodeada por la corriente, sino más bien a una contracorriente que en vez de fluir hacia la desembocadura fluye hacia la fuente. Una parte del alma quiere, sí, el objeto externo, pero otra quiere retroceder al mundo subjetivo, desde el cual hacen señas los palacios aéreos y livianos de la fantasía.

[OC 5, § 253]

El problema del amor pertenece a los grandes padecimientos de la humanidad, y nadie debería avergonzarse del hecho de tener que pagar su tributo.

[OC 17, § 219]

La razón cotidiana, el sano sentido común, la ciencia como *common sense* aún más concentrado, pueden ciertamente tener largo alcance, pero nunca pueden ir más allá de los mojones de la realidad más banal y de la humanidad mediana. No ofrecen en el fondo ninguna respuesta a la pregunta acerca de los dolores del alma y su significado profundo. *La psiconeurosis es, en su esencia última, un padecimiento del alma que no ha encontrado su sentido*. Pero de los dolores del alma surge toda creación espiritual y cualquier progreso del hombre espiritual; y el motivo del padecimiento es la paralización espiritual, la esterilidad del alma.

Con este conocimiento, el médico se interna en un territorio al cual solamente se acerca con grandes vacilaciones. Es aquí cuando se le aparece la necesidad de transmitir la ficción que cura, el significado espiritual, pues precisamente eso es lo que el enfermo pide, más allá de todo lo que puedan darle la razón y la ciencia. El enfermo busca aquello que lo contiene y que le presta una forma coherente a la caótica confusión de su alma neurótica.

¿Se encuentra el médico capacitado para enfrentarse a algo así? Antes que nada, le indicará al paciente que se dirija al teólogo o al filósofo, o lo abandonará a la gran confusión de la época. Como médico, no está obligado por su conciencia profesional a tener una cosmovisión. Pero, ¿qué sucede cuando ve de forma demasiado clara aquello por lo que enferma su paciente?, ¿cuando ve que no tiene *amor* sino solamente sexualidad; que no tiene *fe*, porque la ceguera lo espanta; que no tiene *esperanza*, porque el mundo y la vida lo han desilusionado; que no tiene *conocimiento*, porque no ha comprendido su propio sentido?

Numerosos pacientes cultos se niegan categóricamente a dirigirse a un teólogo. Del filósofo no quieren siquiera escuchar una palabra, pues la historia de la filosofía los deja fríos, y el intelectualismo les resulta más árido que el desierto. ¿Dónde están esos grandes sabios de la vida y del mundo que no solamente hablan del sentido sino que también lo poseen? Es absolutamente imposible imaginarse un sistema o una verdad que pudieran ofrecer aquello que el enfermo necesita para vivir, a saber: fe, esperanza, amor y conocimiento.

Estas cuatro grandes conquistas del afán humano son, a su vez, múltiples dones que no se pueden enseñar ni aprender, dar ni recibir, retener ni merecer, pues se encuentran unidos a una condición irracional y que se sustrae a toda arbitrariedad humana, esto es, a la *vivencia*. Las vivencias nunca pueden «hacerse». Suceden, pero no de forma absoluta sino, afortunadamente, de forma relativa. *Uno puede acercarse a ellas*. Esto es lo que está al alcance humano. Existen caminos que conducen a la vecindad de la vivencia, pero deberíamos evitar llamar «métodos» a los caminos, pues este nombre mata todo lo que vive, y además el camino a la vivencia no es tanto un artificio, sino más bien una empresa arriesgada que exige *la entrada en acción incondicional de toda la personalidad*.

La necesidad terapéutica arriba con ello a una pregunta, y al mismo tiempo a un

obstáculo que parece ser insalvable. ¿Cómo podemos proporcionar al alma que padece la vivencia liberadora, de la cual reciba los cuatro grandes dones que curen su enfermedad? De forma bienintencionada aconsejamos: deberías poseer el verdadero amor, o la verdadera fe, o la esperanza verdadera, o el «conócete a ti mismo». Pero, ¿de dónde puede tomar el enfermo aquello que sólo recibirá más tarde?

Saulo no debe su conversión al verdadero amor ni a la verdadera fe, ni a ningún otro tipo de verdad; únicamente su *odio a los cristianos* lo puso en camino a Damasco y esto lo condujo a aquella vivencia que habría de resultar decisiva en su vida. Vivió su peor equivocación con convencimiento, y eso lo condujo a la vivencia.

Aquí se abre una problemática vital que nunca termina uno de tomarse con la seriedad que exige, y aquí se le plantea al médico de las almas un problema que lo acerca mucho al sanador de almas.

[OC 11, § 497 ss.]

La mujer del presente ha cobrado consciencia del hecho indudable de que sólo en el estado de amor alcanza lo más elevado y lo mejor de sí misma, y este saber la lleva a ese otro conocimiento de que el amor está más allá de la ley, pero su respetabilidad personal se rebela contra ese conocimiento. Se siente uno inclinado a identificar esto con la opinión pública. Ése sería el mal menor, lo peor es que también ella lleva en la sangre esa opinión. Llega hasta ella como una voz interior, una especie de conciencia, y ése es el poder que la mantiene en jaque. No ha llegado a tomar consciencia de que su propiedad más íntima y personal podría entrar en colisión con la historia. Una fusión semejante es para ella lo más inesperado, lo más absurdo. Pero ¿quién tiene plena consciencia de que en realidad la historia no está en libros voluminosos sino en nuestra sangre? Sin duda poquísimos.

[OC 10, § 266]

Es una característica de la mujer ser capaz de hacerlo todo por amor a un *ser humano*. En cambio constituyen las mayores excepciones las mujeres que consiguen algo importante por amor a una *cosa*, porque eso no responde a su naturaleza. El amor a la cosa es una prerrogativa masculina. Como el ser humano une en su naturaleza lo masculino y lo femenino, un hombre puede vivir lo femenino y una mujer lo masculino. Sin embargo, lo femenino está para el hombre en un segundo plano, igual que lo masculino para la mujer. Si se vive lo que corresponde al sexo opuesto se está viviendo en el propio trasfondo, con lo que lo verdaderamente propio queda insatisfecho. Un hombre debería vivir como hombre y una mujer como mujer.

[OC 10, § 243]

Una mujer que ama puede sostener una situación contra toda potencia superior, contra la muerte y el demonio, y puede crear, con total convicción, duración en el caos.

[*Análisis*, 744]

Así como la muerte es un hecho ineludible, tampoco existen medios sencillos para hacer fácil una cosa difícil como es la vida. Sólo podemos contrarrestar la fuerza de la gravedad mediante la aplicación de energía en la medida correspondiente. Así, la solución del problema del amor supone en cada caso un desafío para la totalidad de la persona. Sólo existen soluciones satisfactorias cuando se pone toda la carne en el asador. Todo lo demás es poner parches y no sirve para nada. El amor libre sólo sería posible si todos los seres humanos fueran capaces de los máximos esfuerzos morales. Pero la idea del amor libre no se ha inventado con esta finalidad, sino para hacer parecer fácil algo difícil. Propias del amor son la profundidad y la sinceridad del sentimiento, sin las que el amor no es amor sino mero capricho. El amor verdadero establece siempre vínculos duraderos, responsables. Necesita la libertad sólo para la elección, no para la realización. Todo amor verdadero, profundo, es un sacrificio. Se sacrifican las propias posibilidades o, mejor dicho, la ilusión de las propias posibilidades. Si no requiere este sacrificio, nuestras ilusiones evitarán que se establezca el sentimiento profundo y responsable, con lo que se nos privará también de la posibilidad de la experiencia del verdadero amor.

El amor tiene más de una cosa en común con la convicción religiosa. Exige una actitud incondicional; espera una total entrega. Así como sólo el creyente que se entrega por completo a su dios llega a ser partícipe de la gracia divina, el amor sólo desvela sus más altos secretos y maravillas a quien es capaz de la entrega y la fidelidad incondicional del sentimiento. Como este esfuerzo es tan difícil, son seguramente muy pocos los mortales que puedan presumir de haberlo conseguido. Pero precisamente porque el amor más entregado y más fiel es también el más hermoso, no debería nunca buscarse lo que pudiera hacerlo fácil. Mal caballero de la dama de su corazón es quien se echa atrás ante la dificultad del amor. El amor se comporta como lo hace Dios, ambos se entregan sólo a su servidor más valiente.

[OC 10, § 231]

[En la comunidad cristiana] se pone de relieve como algo especialmente importante la conservación de la comunidad mediante el amor recíproco; las instrucciones paulinas no dejan lugar a dudas:

> Servios unos a otros mediante el amor.
> Que la fraternidad prevalezca.
> Y procuremos estimulamos mutuamente al amor y a las buenas obras y no abandonar nuestra asamblea…

La unión recíproca en la comunidad cristiana parece ser una condición de la redención o como quiera llamarse al estado anhelado. La *I Carta de Juan* se expresa en este sentido de manera similar:

> El que ama a su hermano, permanece en la luz… Pero el que odia a su hermano se encuentra en las tinieblas…
> Nadie jamás ha visto a Dios; si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros…

Más arriba hemos señalado el hecho de que los pecados se conocen de manera recíproca y que las dificultades anímicas se transfieren a la figura divina. De esta forma surge una íntima unión entre este hombre y aquel otro. Pero no solamente se debe estar unido mediante el amor a Dios, sino también al prójimo. Sí, esta relación parece incluso tan importante como la primera. Si Dios solamente «permanece en nosotros» cuando amamos «al hermano», entonces casi se podría suponer que el amor es más importante que Dios. Esta pregunta no resulta tan disparatada cuando miramos más de cerca las palabras de Hugo de San Víctor:

> ¡Pues tú, amor, posees inmensa fuerza; solamente tú fuiste capaz de hacer bajar a Dios del cielo a la tierra, qué fuerte es tu lazo, con el cual hasta el mismo Dios pudo ser atado… tú lo provocaste, lo ataste en tus lazos, lo heriste con tus flechas… tú heriste al que no puede sufrir, ataste al invencible, atrajiste al inamovible, hiciste mortal al eterno…! ¡Amor, cuán grande es tu triunfo!

Por consiguiente, el amor no parece ser una potencia menor. El amor es Dios mismo. («Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él»). El «amor» es, por otro lado, un antropomorfismo *par excellence* y, junto al hambre, la clásica fuerza psíquica instintiva del hombre. Considerado desde un punto de vista psicológico es, por un lado, una función de relación; por otro, un estado psíquico con acentos emotivos que como es evidente coincide, por decirlo de alguna forma, con la imagen de Dios. El amor posee indudablemente un determinante instintivo; es atributo y acción del hombre, y cuando el discurso religioso define a Dios como «amor» subsiste el peligro de confundir el amor que obra en el hombre con el obrar de Dios.

[OC 5, § 95 ss.]

Nuestra soñante no es una personalidad religiosa, sino que es «moderna». Ha olvidado la religión que una vez se le enseñó y no tiene idea de que existen instantes en los cuales los dioses se entrometen, o más bien situaciones que desde los tiempos más remotos se encuentran constituidas de tal manera que calan en lo más hondo. A este tipo de situaciones pertenece por ejemplo el *amor*, su pasión y peligro. El amor puede hacer aparecer potencias insospechadas del alma de las que habría que haberse guardado mejor. *Religio* como «consideración cuidadosa» de los peligros y fuerzas desconocidos es lo que aquí está en cuestión. A partir de una mera proyección, puede surgir el amor con toda su fatalidad: algo que con ilusión cegadora podría arrancarla de su camino vital cotidiano. ¿Es algo bueno o malo, es Dios o el demonio aquello que caerá sobre la soñante? Sin saberlo, ya se siente entregada. ¡Y quién sabe si estará a la altura de semejante complicación! Hasta ahora ha eludido dicha posibilidad por todos los medios, y ahora ésta amenaza con cogerla. Éste es un riesgo del que se debería escapar, pero si hay que afrontarlo, entonces se necesita, como suele decirse, mucha «confianza en Dios» o «fe» en que el desenlace será bueno. Así se cuela de manera inesperada y repentina la pregunta acerca de la actitud religiosa ante el destino.

[OC 7, § 164]

Sobre el Eros

«Es una concepción necia la que tienen los varones. Creen que Eros es sexo, pero yerran: Eros es estar vinculado».

[*Análisis*; 203]

El erotismo es algo sospechoso y siempre lo será, diga lo que diga cualquier futura legislación sobre el tema. Pertenece, por un lado, a la naturaleza animal originaria del hombre, la cual subsistirá mientras el hombre posea un cuerpo animal. Por otro lado, se encuentra emparentado con las formas más altas del espíritu. Pero solamente florece cuando el espíritu y el instinto se encuentran en verdadera armonía. Si carece de uno u otro aspecto, entonces se produce un daño o, por lo menos, una unilateralidad sin equilibrio que se desliza fácilmente hacia lo patológico.

Demasiada animalidad desfigura al hombre cultural, demasiada cultura crea animales enfermos. Este dilema revela toda la inseguridad que implica el erotismo para las personas. El erotismo es sustancialmente una superpotencia que, al igual que la naturaleza, se deja dominar y utilizar como si fuese impotente. Pero el triunfo sobre la naturaleza es algo que se paga caro. La naturaleza no precisa de declaraciones de principios, sino que se satisface con tolerancia y la medida justa.

«Eros es un gran demonio», le dice la sabia Diotima a Sócrates. Uno jamás se libera totalmente de él, y si lo hace es para su propio perjuicio. No representa toda nuestra naturaleza, pero sí al menos uno de sus aspectos centrales.

[OC 7, § 32 s.]

En un mundo de tiranía y crueldad cristalizó un celestial sueño en piedra: el Taj Mahal. No puedo ocultar mi ilimitada admiración por esta flor suprema, por esta joya inestimable, y me maravilla aquel amor que el genio de Shah Jahan descubrió y supo utilizar como instrumento de autorrealización. Éste es el único lugar del mundo en el que —por desgracia— la belleza demasiado invisible y demasiado celosamente guardada del eros islámico se reveló gracias a un milagro casi divino. Es el tierno secreto de los jardines de rosas de Siraz y los silenciosos patios de los palacios árabes, arrancados al corazón de un gran amante por una pérdida cruel, irreparable. Las mezquitas de los mogoles y sus tumbas quizá sean puras y sobrias; sus *divans*, o salas de audiencia, pueden ser de una impecable belleza, pero el Taj Mahal es una revelación. No tiene nada de indio. Es más bien una planta que ha podido crecer y florecer en la rica tierra india como no habría podido hacerlo en ninguna otra parte. Es Eros en su forma más pura. Nada en él es misterioso ni simbólico. Es la expresión sublime del amor humano por un ser humano.

[OC 10, § 990]

Con razón, el Eros de la Antigüedad es un dios cuya divinidad supera los límites de lo humano y que, por eso mismo, no puede ser comprendido ni representado. Podría intentar, como lo hicieron muchos antes de mí, desafiar a este demonio, cuyos efectos se extienden desde los espacios infinitos del cielo hasta los abismos más tenebrosos del infierno, pero flaquea mi valor para encontrar aquel lenguaje que fuese capaz de

expresar adecuadamente las imprevisibles paradojas del amor.

[*Recuerdos*, 355 s.]

Si queremos entender todo lo que Freud ha metido subrepticiamente en el concepto de sexualidad, vemos que ha ampliado los límites de este concepto más allá de toda medida admisible, de modo que para lo que él quiere verdaderamente decir diríamos mejor «Eros», adoptando las antiguas ideas filosóficas de un Pan-Eros que actúa en la naturaleza viva como fructífera fuerza generadora. Pero para ello el término «sexualidad» es muy poco afortunado. El concepto de sexualidad está ya firmemente acuñado y tiene unos límites tan definidos que incluso la palabra amor se resiste a ser su sinónimo. Y, sin embargo, Freud, como es fácil demostrar en numerosos ejemplos de sus obras, quiere muchas veces decir amor cuando se limita a hablar de sexualidad.

[OC 10, § 5]

A menudo escucho la pregunta: ¿por qué precisamente el conflicto erótico habría de ser la causa de la neurosis y no cualquier otro conflicto? Frente a esto solamente cabe decir: nadie sostiene que *deba* ser así, sino que simplemente se comprueba que *es* así (aun cuando esto enfurezca a tantos primos y primas, padres, padrinos y educadores). El amor, sus problemas y conflictos, a pesar de todas las afirmaciones indignadas, siguen teniendo un significado fundamental para la vida humana y, como se comprueba continuamente en la investigación rigurosa, poseen una importancia mucho más grande de la que el individuo presume.

[OC 7, § 423]

La discusión del problema sexual no es más que un comienzo un tanto tosco de una cuestión más profunda, ante cuya importancia palidece. Se trata de la *cuestión de la relación anímica entre los sexos*. Con ella entramos en el verdadero dominio de la mujer. Su psicología se fundamenta en el principio del Eros, el gran vinculador y desligador, mientras que al hombre siempre se le atribuye el Logos como principio supremo. En el lenguaje moderno podría expresarse el concepto de Eros como relación anímica y el de Logos como interés objetivo.

[OC 10, § 254 s.]

Es muy difícil para un hombre racional admitir qué pasa realmente con su Eros. Una mujer no tiene mayor dificultad en reconocer que el principio de su Eros es el estar

vinculada, pero a un hombre, cuyo principio es el Logos, se le hace muy difícil. La mujer, en cambio, tiene dificultades para reconocer cómo está compuesto su espíritu. En el hombre el Eros tiene menos valor, en las mujeres, el Logos. Un hombre debe poseer mucho de femenino en sí para realizar su vínculo. Eros es la tarea de la mujer. Se puede luchar medio año con un hombre antes de que confiese sus sentimientos, y lo mismo vale para la mujer y su entendimiento. Existe este contraste.

[*Análisis*, 115 s.]

Deseo añadir aquí que el Logos es solamente ideal cuando *contiene* al Eros, de lo contrario, el Logos no es en absoluto dinámico. Un hombre que es solamente Logos puede que posea un intelecto muy fino, pero no es otra cosa que un seco racionalismo. Y el Eros que no posee Logos jamás comprende; ahí no hay más qué vinculación ciega. Tales personas pueden estar vinculadas a cualesquiera cosas, como algunas mujeres que están totalmente absorbidas en su pequeña y feliz familia —primas, parientes, etc.—, pero en todo el maldito asunto no hay nada, está completamente vacío.

[*Análisis*, 748]

Pertenece al desarrollo instintivo normal del hombre el que comience en la esfera cloacal y tenga que atravesar ese oscuro valle. El camino de descubrimiento de la mujer corre desde abajo hacia arriba y no desde arriba hacia abajo. El desarrollo del instinto es un desarrollo *per vias naturales*. Pero si se detiene exclusivamente en la sexualidad sin que se agregue el Eros puede traerle a la mujer el desengaño más terrible. En general, los hombres no se dan cuenta de este hecho.

[*Sueños*, 323]

Pero la mayoría de los hombres son eróticamente ciegos, ya que incurren en el imperdonable error de confundir Eros con sexualidad. El hombre cree poseer a una mujer cuando la tiene sexualmente. Jamás la tendrá menos. Pues para la mujer sólo cuenta de verdad la relación erótica. Para ella el matrimonio es una relación con la añadidura de la sexualidad.

[OC 10, § 255]

Se espera que el alma no esté triste después del acto sexual, pero a menudo en el matrimonió se desencadenan las peores peleas y malentendidos después del coito, pues la sexualidad no alimenta al Eros.

[*Análisis*, 205]

Ahora bien, la relación humana, al contrario que las discusiones y acuerdos objetivos, pasa precisamente por lo anímico, ese reino intermedio que se extiende desde el mundo de los sentidos y de los afectos hasta el intelecto y que contiene algo de ambos sin perder por ello nada de su peculiar característica.

El hombre tiene que atreverse a adentrarse en este territorio si quiere acercarse a los deseos de la mujer. Del mismo modo que las circunstancias la han forzado a adquirir una parte de masculinidad, para evitar quedar atascada en una feminidad instintiva y anticuada, extraña y perdida en el mundo del hombre cual un niño de pecho intelectual, así se verá el hombre obligado a desarrollar una parte de feminidad, es decir, tendrá que aprender a ver de manera psicológica y erótica para no tener que correr, sin esperanza y con pueril admiración, tras la mujer que tiene delante, con el peligro de que ésta se lo meta en el bolsillo.

[OC 10, § 258 s.]

Donde reina el amor no existe voluntad de poder, y donde el poder tiene la primacía, ahí falta el amor. Uno es la sombra del otro. Para quien posea el punto de vista del amor, su opuesto compensador será la voluntad de poder. Pero para quien afirma el poder, su compensación será el Eros. Visto desde la posición unilateral del enfoque de la consciencia, *la sombra es una parte de la personalidad de menor valor* y por tanto se la reprime con intensa resistencia. Pero lo reprimido debe volverse consciente, de manera tal que surja una tensión de opuestos, sin la cual no es posible que el movimiento continúe. La consciencia se encuentra de alguna forma arriba, la sombra abajo, y debido a que lo alto siempre tiende a lo profundo y lo caliente a lo frío, de igual modo toda consciencia busca, acaso sin intuirlo, su opuesto inconsciente, sin el cual está condenada a quedar estancada, arramblada o lignificada. Únicamente en el opuesto se enciende la vida.

[OC 7, § 78]

¿Cuál de las dos posiciones [Eros o voluntad de poder] tiene la razón? […] En el primer caso, el yo cuelga del Eros como un mero apéndice; en el último caso el amor es un mero medio para el fin de llegar arriba. Aquel que tenga en el corazón el poder del yo iniciará una revuelta contra la primera concepción; aquel que considere importante al Eros nunca podrá reconciliarse con la última concepción.

[OC 7, § 55]

Ciertamente el Eros está siempre y en todos lados, ciertamente el instinto de poder atraviesa lo más alto y profundo del alma; pero *el alma no es únicamente una cosa u otra o, si se quiere, ambas, sino también aquello que ha hecho y que hará de ello*. Se comprende a un hombre sólo a medias aun sabiendo de dónde surge todo en él. Si solamente se tratara de esto, entonces daría exactamente igual que hubiese muerto hace tiempo. Pero no es comprendido como viviente; pues la vida no posee solamente un ayer y no se la aclara reduciendo el hoy al ayer. La vida tiene también un mañana, y el hoy solamente se comprende cuando a nuestro conocimiento de lo que había ayer podernos agregar las piezas del mañana. Esto vale para todas las exteriorizaciones psicológicas de la vida, incluso para los síntomas patológicos. Los síntomas de la neurosis no son solamente consecuencias de causas que existieron alguna vez, ya sea la «sexualidad infantil», ya el «instinto de poder infantil», sino que también son intentos por lograr una nueva síntesis de la vida, a lo que hay que añadir de inmediato: intentos fallidos, aunque siguen siendo intentos, con un núcleo de valor y sentido. Son semillas malogradas debido a la inclemencia de las condiciones de la naturaleza interna y externa.

[OC 7, § 67]

Sobre el matrimonio

«Rara vez o, por así decir, nunca un matrimonio evoluciona a la perfección y sin crisis hacia una relación individual. No existe el volverse consciente sin padecimiento».

[OC 17, § 331]

Un hombre acaso perciba la relación con su mujer como exclusivamente colectiva; pero esto sencillamente no es suficiente. Él debería tener una relación individual con ella; si ésta falta, entonces no existe adaptación individual. Entonces él es el esposo corriente y del todo honorable y su mujer es esa mujer con la cual se encuentra en la institución matrimonial. Él intenta cumplir sus deberes como esposo al igual que intenta ser el buen director de una compañía. Pero su mujer es una mujer especial con la cual debería tener una relación especial.

Para comprender el matrimonio debemos pensarlo como una institución y considerar su importancia histórica. Desde tiempos inmemoriales el matrimonio ha existido como una institución para el casamiento, y siempre fueron muy escasas las bodas por amor; en primer lugar se trataba de un negocio de intercambio. Las mujeres se compraban y se vendían; en las familias reales sigue siendo una especie de trata de vacas, y en las familias muy ricas es similar. Sin lugar a dudas, esto sucede entre campesinos por motivos económicos convincentes. A menudo se trata de ir a lo seguro, como decimos, esto es, «dinero llama a dinero». El matrimonio es una institución colectiva y la relación dentro del matrimonio es una relación colectiva. Tan pronto como los tiempos se vuelven un poco más sofisticados y existe cierta cultura, el individuo se convierte en un ser mimado; se poseen más deseos y exigencias. Se psicologiza y se desea comprender, y luego se comprueba que realmente uno no es el indicado para el otro y que no se tiene una verdadera relación. Después de una gran catástrofe se busca una habitación hermética en donde se pueda estar seguro, cualquier habitación sirve mientras no haya goteras; pero no se tiene relación alguna con esa habitación, es solamente un agujero cualquiera con un techo encima que ofrece una seguridad relativa. En tiempos remotos, en condiciones de barbarie y entre tribus primitivas, cualquier mujer era más o menos buena. Esto aclara el incesto entre campesinos. Existen casos extraordinarios en Suiza. He aquí un caso del que oí hablar hace poco: Un campesino joven quería casarse; su madre y él poseían una buena propiedad, por eso la madre le dijo: «¿Para qué casarse? Solamente habrá más bocas que alimentar; debería irme y me tendrías que mantener; si quieres una mujer, tómame a mí». Aquí tenemos al campesinado, y algo así sucede por motivos económicos. Los tribunales sostienen que en algunas localidades el incesto por motivos económicos es tan frecuente que ya no vale la pena ocuparse de ello, no se hace el esfuerzo. Por todas partes se descubren cosas así. En algunas de las islas Británicas, en las Hébridas entre otras, las condiciones de vida de las personas son extremadamente colectivas, se vive instintivamente, de ningún modo psicológicamente. El fundamento del matrimonio ha sido siempre pronunciadamente colectivo; el elemento personal es el logro de una época cultivada; y solamente en épocas muy recientes el matrimonio se ha transformado en un problema que se puede debatir sin ser acusado de inmoralidad. Suele decirse que la moral es lo único que no puede mejorarse. ¡Realmente es lo único!

Hoy tenemos un gran problema, porque esa relación matrimonial colectiva ya

dejó de ser aquello que las personas esperan del matrimonio, es decir, una relación individual que, por otra parte, resulta extremadamente difícil de conseguir en la vida conyugal. El matrimonio como tal representa un obstáculo. Ésta es simplemente la verdad. Pues lo más fuerte en el ser humano es *participation mystique,* el mero «tú y tu perro en la oscuridad»; esto es más fuerte que la necesidad de individualidad. Se vive con un objeto y luego de un tiempo existe una asimilación recíproca y se tornan parecidos. Todo lo que vive en común se influye mutuamente, existe una *participation mystique*; el *mana* de uno asimila el *mana* del otro. Esta identidad, este depender el uno del otro, constituye un gran escollo para una relación individual. Cuando se es idéntico, no existe relación posible; la relación solamente es posible cuando existe la separación. Debido a que la *participation mystique* es el estado más común dentro del matrimonio, especialmente cuando las personas se casan jóvenes, resulta imposible una relación individual. Quizá ambos escondan sus secretos ante el otro; si los mostraran, acaso lograrían crear una relación. O tal vez no tengan misterios que comunicar; entonces no existe nada que proteja contra esta *participation mystique,* y se produce un hundimiento en ese abismo sin fondo de la identidad, y luego de un tiempo se descubre que ya no sucede absolutamente nada.

[*Análisis,* 88 s.]

No sólo yo estoy tan loco como para estar casado de esta manera; todos estamos casados así, en consonancia con leyes antiquísimas, ideas sagradas, tabúes, etc. El matrimonio es un sacramento con leyes irrevocables; deben criticarse las costumbres y no los individuos.

[*Análisis,* 91]

En la medida en que el entendimiento, o la astucia, o el amor previsor de los padres no hayan concertado el matrimonio de los hijos, y en tanto que el instinto primitivo de los hijos no se encuentre deformado ni por la falsa educación ni por la influencia secreta de los complejos estancados y negligentes de los padres, la elección del cónyuge se producirá normalmente debido a motivaciones inconscientes, instintivas. La inconsciencia causa la no-diferenciación, la identidad inconsciente. La consecuencia práctica es que uno presupone en el otro una estructura psicológica similar. La sexualidad normal como vivencia común y con la misma dirección aparente refuerza el sentimiento de unidad y de identidad. Este estado se define como de completa *armonía* y se lo celebra como una gran suerte («un solo corazón»); y con razón, pues el regreso a ese estado inicial de inconsciencia y de unidad sin consciencia es como un regreso a la infancia (de ahí los gestos aniñados de todos los enamorados), más aún, como un regreso al vientre materno, al inconcebible mar de una plenitud creadora todavía inconsciente. En efecto, es una verdadera e indiscutible

vivencia de la divinidad cuya fuerza avasalladora disuelve y devora todo lo individual. Es una verdadera comunión con la vida y el destino impersonal. Se quiebra la obstinación que cuida de sí, la mujer se vuelve madre, el hombre se vuelve padre, y ambos se ven privados de su libertad y se transforman en herramientas de la vida que avanza.

[OC 17, § 330]

Es normal en cierto sentido que los hijos se casen de algún modo con los padres. Psicológicamente resulta esto tan importante como biológicamente una cierta pérdida de los antepasados para el desarrollo de una buena raza. De ese modo surge la continuidad, una razonable supervivencia del pasado en el presente. Sólo un exceso o un defecto es insano en esta dirección.

Ahora bien, en la medida en que una semejanza con los padres, positiva o negativa, sea decisiva en la elección amorosa, no será plena la separación de la imagen de los padres ni, en consecuencia, de la infancia. Aunque la infancia debería llevarse consigo, precisamente por continuidad histórica, esto no debe ocurrir a costa del desarrollo. Hacia la mitad de la vida se apaga el último resplandor de las ilusiones infantiles —esto, naturalmente, si se piensa en una vida ideal, pues no son pocos los que se van a la tumba sin haber superado la puerilidad—, y de la imagen parental surge el arquetipo propio de la persona adulta: una imagen del hombre, tal como la ha experimentado la mujer desde los primeros tiempos, y una imagen de la mujer como la que el hombre desde siempre lleva dentro de sí.

[OC 10, § 73 s.]

Sabe usted, cuando se convive con alguien con quien no existe una relación auténtica, entonces uno se encuentra unido a esa persona de forma inconsciente. Y esta relación especial e inconsciente produce un estado psicológico que se podría comparar con un *continuum*, en donde ambos se comportan como si estuviesen en el mismo estanque bajo el agua. Se encuentran bajo el mismo techo, en el mismo bote, lo cual crea una forma especial de relación inmediata. Esta relación inconsciente produce los fenómenos más curiosos, por ejemplo, sueños que inequívocamente no son los sueños del soñante. Cuando se trata de un matrimonio, el hombre puede soñar los sueños de su mujer o a la inversa; o uno de ellos puede verse obligado a hacer algo que no surge de su propia psicología, sino de la del otro. Estos son síntomas de una *participation mystique* de esta especie.

[*Análisis*, 645]

Una muy buena armonía familiar que descanse sobre la participación pronto

conducirá a los intentos más vigorosos por parte de los cónyuges de liberarse y deshacerse el uno del otro; luego inventan temas de discusión irritantes solamente para tener un motivo para sentirse incomprendidos. Si estudiaran la psicología matrimonial medía, descubrirían que la mayoría de las dificultades radican en la hábil invención de temas de conversación excitantes para los que no existe el menor motivo.

[OC 18/1, § 158]

Cuando alguien se queja de que no se entiende con su mujer o con personas a las que estima, de que siempre suceden entre ellos escenas terribles y resistencias, entonces notará usted en el análisis de esta persona que padece un ataque de odio. Ha vivido con aquellos a quienes ama en una *participation mystique*. Se ha extendido sobre los otros hasta ser idéntico con ellos, y esto es una violación del principio de individualidad. Luego, naturalmente, experimenta resistencias y debe retroceder. Entonces, le digo: «Por supuesto que hay que lamentar que usted siempre tenga dificultades, ¿pero no se da cuenta de lo que hace? Usted ama a alguien, se identifica con él, y luego quiere naturalmente afirmarse frente al objeto de su deseo y lo oprime mediante su identidad que da por sentada. Usted lo trata como si fuera usted mismo, y naturalmente, habrá resistencias. Es una violación de la individualidad de la otra persona, y es un pecado contra su propia individualidad. Estas resistencias son un instinto sumamente útil e importante: usted experimenta la contradicción, las escenas y los desengaños para finalmente volverse consciente de sí mismo, y luego el odio desaparece».

[*Kundalini*, 64]

Cuando se analiza a personas casadas o a personas que mantienen una relación muy estrecha, aun cuando no formen un matrimonio, no puede tratarse su psicología simplemente como una cosa separada; es como si se tratase de dos personas y resulta extremadamente difícil separar a partir de la relación qué cosas pertenecen a cada uno. Se comprueba con regularidad que semejante caso solamente puede ser aclarado por la llamada psicología individual cuando otra persona, al mismo tiempo, juega un papel en esta consciencia; en otras palabras: se trata de psicología de las relaciones y no de la psicología de un individuo humano aislado. Resulta incluso muy difícil separar la parte individual de la parte relacional. Por tanto, apenas podemos considerar un sueño de este tipo como de su exclusiva propiedad; pertenecería, en igual medida, a su mujer. Su psicología está en ella, como la de ella en él, y cada sueño que sueñan ambos es una expresión de esta unión. Es como si una persona, dentro de una relación anímica estrecha, hubiese perdido sus dos piernas, sus dos brazos y la cabeza, y tuviese ahora cuatro piernas y cuatro brazos, dos cabezas y dos

vidas. El individuo se encuentra atravesado por la esfera anímica del compañero, y lo mismo le sucede a la totalidad de su problema vital, todo el problema espiritual se encuentra recíprocamente influido. Gran parte de su material psicológico es material relacional que porta el sello de dos almas.

[*Análisis*, 602 s.]

La persona normal es una ficción, si bien existen ciertas regularidades con validez general. La vida anímica es un proceso que puede detenerse en los grados más bajos. Es como si cada individuo tuviese un peso específico; de acuerdo a ello, asciende o se hunde en aquel grado en el cual alcanza su límite. También en consonancia con ello se encuentran conformadas su comprensión y sus convicciones. No es por tanto ningún milagro el que la gran mayoría de los matrimonios alcancen con la determinación biológica su límite psicológico más alto, sin daños para la salud espiritual y moral. Relativamente pocos llegan a una desunión más profunda consigo mismos. Cuando existen muchas necesidades exteriores el conflicto no puede alcanzar tensión dramática por falta de energía. Pero de forma proporcional a la seguridad en el plano social aumenta la inseguridad psicológica, primero de manera inconsciente, causando neurosis; luego de manera consciente, ocasionando separaciones, peleas, divorcios y otras «locuras matrimoniales». En un grado aún más alto se reconocen nuevas posibilidades de desarrollo psicológico, que rozan la esfera religiosa y donde el juicio crítico toca a su fin.

[OC 17, § 343]

De nada puede afirmarse que sea verdadero o falso. ¿Cómo podría juzgarse? La vida humana y el destino humano son tan paradójicos que apenas si puede erigirse una ley vinculante. Cuando determinada mujer se casa con determinado hombre suele ser cierto que existe una relación sexual entre ambos, pero algo mucho más fuerte que el poder de la sexualidad podría haberlos unido para otros objetivos completamente distintos. Tenemos que tener en cuenta tales cosas, porque realmente suceden, y cuando se tratan tales casos se adquiere una tolerancia extraordinaria frente a los múltiples caminos del destino. Las personas que deben vivir determinado destino se vuelven neuróticas cuando se les impide que lo hagan, incluso cuando esto, medido desde una verdad estadística, sea un terrible absurdo. El agua a veces fluye hacia arriba. Considerado desde un punto de vista racional acaso sea falso, pero tales cosas suceden, y tenemos que aceptarlas. Reconocemos que estas cosas poseen determinado sentido, pues realmente no contamos con un punto de vista desde el cual pudiésemos impedirlas. Aportan algo a la plenitud de la vida, y la vida debe vivirse. No se debería pretender enseñar a un tigre a comer manzanas. Un tigre solamente es un tigre cuando come carne; un tigre vegetariano es un completo absurdo.

[*Análisis*, 494 s.]

Ciertamente, en el pasado no se había tenido en cuenta que el ser humano es un ser «doble»; un ser que posee una parte consciente, la cual conoce, y una parte inconsciente, de la cual nada sabe, y que, sin embargo, no tiene por qué permanecer oculta a los otros. Cuán a menudo se inventa todo tipo de «historias» de las que no se es consciente, pero que los otros ven y perciben con claridad. El ser humano vive como alguien cuya mano no sabe lo que hace la otra. El conocimiento de que tenemos que tener en cuenta la existencia de lo inconsciente es un hecho revolucionario. La conciencia como instancia ética posee el mismo alcance que el ser consciente. Pero allí donde el ser humano no sabe, puede realizar las cosas más maravillosas o terribles sin rendirse cuentas y sin intuir nada de aquello que hace. La acción inconsciente siempre aparece como algo que va de su yo y por eso mismo no se reflexiona críticamente sobre ella. Luego uno se asombra de la incomprensible reacción del entorno, al que se carga con las culpas, esto es, no se ve lo que uno mismo hace y para todas las consecuencias procedentes de tal acción se buscan las causas en los otros.

Para esto los matrimonios proporcionan ejemplos instructivos de hasta qué punto se ve la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. De mucho mayor, de infinito alcance, son las proyecciones de la propaganda bélica, en donde los deplorables vicios de la vida civil se instauran como principio. El no-querer-ver y la proyección de los propios errores se encuentran al comienzo de la mayor parte de las disputas y son la garantía más fuerte de que la injusticia, la hostilidad y la persecución no puedan extirparse con facilidad. En la medida en que uno se mantiene en la inconsciencia sobre la propia persona, tampoco se perciben los conflictos propios. Incluso se llega a sostener la imposibilidad de que existan conflictos inconscientes. Existen a su vez muchos matrimonios en los cuales se evita con sumo cuidado todo ese potencial conflictivo, con lo cual uno de sus integrantes realmente empieza a creer que es inmune a ello, mientras que el otro está lleno hasta arriba de penosos complejos reprimidos que casi llegan a asfixiarlo. Tal situación posee con frecuencia un efecto nocivo sobre los niños. Sabemos que muy a menudo los niños tienen sueños que tratan acerca de los problemas silenciados por los padres. Estos problemas abruman a los niños, porque los padres, inconscientes de ellos, jamás intentaron enfrentarse a sus dificultades, por lo cual se crea una especie de atmósfera envenenada. Por ello, las neurosis infantiles tienen mucho que ver, en considerable medida, con los conflictos de los padres.

[OC 18/2, § 1803 s.]

Mi oficio me ha obligado desde siempre a percibir la singularidad de los individuos, y

la particular circunstancia de que con el correr de los años tuviese que tratar a tantos matrimonios —ya no sé a cuántos— y hacer mutuamente comprensibles a un hombre y una mujer fortaleció aún más el deber y la necesidad de comprobar ciertas verdades estadísticas. Cuántas veces, por ejemplo, me vi obligado a decir: «Mire usted, su mujer posee una naturaleza muy activa, de la cual no puede esperarse que se desarrolle únicamente en las tareas del hogar». Con ello queda expresada una tipificación, una especie de verdad estadística. Existen naturalezas *activas* y *pasivas*.

[OC 6, § 937]

El introvertido ve todo aquello que de alguna manera le resulta valioso en el sujeto; el extrovertido, por el contrario, en el objeto. Y a la inversa: la dependencia del objeto se le aparece al introvertido como lo menos valioso; al extrovertido, en cambio, el ocuparse del sujeto, que solamente puede entender como un autoerotismo infantil. No es ningún milagro, por tanto, que ambos tipos se combatan. Pero esto no impide que un hombre, en la mayoría de los casos, se case con una mujer del tipo opuesto. Tales matrimonios son muy valiosos como simbiosis psicológicas mientras sus integrantes no intenten comprenderse mutuamente de manera «psicológica». Esta fase pertenece a los fenómenos de desarrollo normales de todo matrimonio, en donde los cónyuges disponen del ocio necesario, o del necesario empuje para desarrollarse, o de ambas cosas a la vez, junto a la dosis necesaria de coraje para dejar que la tranquilidad matrimonial se interrumpa en ciertas ocasiones. Cuando, como ya se dijo, las circunstancias lo favorecen, esta fase ingresa de manera totalmente automática en la vida de ambos tipos, y por la siguiente razón: *el tipo es una unilateralidad del desarrollo*. Uno desarrolla sus relaciones solamente hacia fuera y descuida su interior. El otro se desarrolla solamente hacia dentro y se queda estancado hacia fuera; pero con el tiempo surge en el individuo la necesidad de desarrollar lo que se había descuidado hasta ese entonces.

[OC 6, § 898]

Ni siquiera el mejor matrimonio puede borrar por completo las diferencias individuales, de manera tal que el estado de los cónyuges fuese absolutamente idéntico. Por lo general, uno se sentirá más cómodo en el matrimonio antes que el otro. Uno de ellos, apoyándose en una relación positiva con los padres, tendrá poca o ninguna dificultad en adaptarse al cónyuge, mientras que el otro se encontrará impedido por un profundo vínculo inconsciente con los padres. Llegará más tarde a una adaptación total, y debido a que resultó más difícil de adquirir, quizá también sea más duradera.

[OC 17, 331 b.]

El matrimonio es, de hecho, una realidad brutal, pero es el *experimentum crucis* de la vida. Tengo la esperanza de que usted aprenda a *soportar* en lugar de luchar contra las abrumadoras necesidades del destino. Solamente así se mantendrá en el centro.

[*Cartas* I, 222]

Para la mujer del presente —y eso deberían tenerlo en cuenta los hombres— el matrimonio medieval ha dejado de ser un ideal. Es cierto que se oculta a sí misma esta duda, tanto como su opuesto: una lo hace porque está casada y, en consecuencia, encuentra de lo más inoportuno que las puertas de la caja fuerte no cierren herméticamente; la otra porque está soltera y es demasiado decente para reconocer ante su entorno, sin rodeos, cuál es su tendencia. Pero la parte de masculinidad que han conquistado les hace imposible a ambas considerar el matrimonio en su forma tradicional («Él ha de ser tu señor»), algo perfectamente creíble. Masculinidad significa saber lo que se quiere y hacer lo necesario para conseguir el objetivo. Una vez que se ha aprendido algo resulta tan evidente que ya no puede volverse a olvidar sin un potente deterioro anímico. La autonomía y el sentido crítico conseguidos por medio de este conocimiento son valores positivos, y la mujer los siente como tales. De ahí que no pueda volver a abandonarlos. Tampoco el hombre, que ha conseguido con no pequeños esfuerzos, incluso con dolores, la necesaria parte de comprensión de su alma, volverá a desprenderse de este conocimiento, pues está muy convencido de la importancia de lo adquirido.

Visto el problema desde lejos cabría pensar que con ello se coloca muy especialmente al hombre y a la mujer en la situación de hacer perfecto el matrimonio. Pero en realidad y visto de cerca no ocurre así, sino que, por el contrario, surge en primer lugar un conflicto si lo que la mujer haga a partir de la adquirida consciencia de sí no le gusta al hombre, y si los sentimientos que éste descubre en sí provocan el disgusto de ella. Pues lo que ambos han descubierto no son virtudes ni valores en sí, sino, en comparación con lo deseado, algo *inferior* que, si se entendiera como producto del libre albedrío o del capricho, podría con razón condenarse. Así suele ocurrir. Pero con ello se produce una injusticia a medias. La masculinidad de la mujer y la feminidad del hombre son inferiores, y es lamentable que al valor pleno se le añada algo de inferior valor. Por otro lado, también las sombras forman parte de la totalidad de la personalidad: el fuerte tiene que ser débil alguna vez; el inteligente debe mostrarse alguna vez tonto, de lo contrario su condición pierde credibilidad y degenera en pose y fanfarronada. ¿No es una vieja verdad que la mujer ama más la debilidad del fuerte que su fuerza y la torpeza del inteligente más que su inteligencia? Pues ése es el amor de la mujer: el hombre completo, es decir, no la mera masculinidad, sino los indicios de su negación. El amor de la mujer no es un sentimiento —algo que solo se produce en el hombre— sino una voluntad de vida a

veces tremendamente poco sentimental y que puede incluso imponer el autosacrificio. Un hombre al que se ama de este modo no puede escapar de su lado inferior, pues a esa realidad sólo puede responder con su propia realidad. Y la realidad del hombre no es ninguna bella apariencia, sino una fiel imagen de la eterna naturaleza humana, que abarca a toda la humanidad indistintamente: una imagen de la vida humana con sus altibajos compartida por todos.

[OC 10, § 260 s.]

La mujer sabe cada vez más que sólo el amor le da forma plena, del mismo modo que el hombre comienza a sospechar que sólo el espíritu da a su vida un sentido superior, y ambos buscan en el fondo la mutua relación anímica, porque el amor necesita al espíritu y el espíritu al amor para complementarse.

La mujer siente que el matrimonio no le da ya verdadera seguridad. Pues ¿de qué le sirve la fidelidad del marido cuando sabe que los sentimientos y los pensamientos de éste discurren por otro lado, y que él es sencillamente demasiado razonable y demasiado cobarde para ir tras ellos? ¿De qué le sirve su propia fidelidad cuando sabe que con ella es esclava de su poder de posesión legal, a la vez que está dejando marchitarse su alma? Presiente una fidelidad superior, una fidelidad en el espíritu y en el amor, más allá de las debilidades y de la imperfección humana.

[OC 10, § 269 s.]

Tradicionalmente se considera al hombre el perturbador de la paz conyugal. Esta leyenda viene de lejos, de tiempos remotos, cuando los hombres aún tenían tiempo para devaneos. Hoy impone la vida tales exigencias al hombre que, como mucho, puede aún verse al noble hidalgo Don Juan en el teatro. Más que nunca ama el hombre su comodidad, pues vivimos en la era de la neurastenia, de la impotencia y del «butacón». No le quedan ya energías para escalar balcones y batirse en duelo. Si ha de haber algo en la línea del adulterio, tiene que ser fácil. No debe costar mucho en ningún sentido, y por ello la aventura ha de ser sólo pasajera. El hombre de hoy tiene miedo a poner en peligro el matrimonio como institución. Cree a este respecto, por regla general, en el *quieta non movere* y recurre por ello a la prostitución. Apostaría cualquier cosa a que en la Edad Media, con sus famosos balnearios y su prostitución sin reservas, el adulterio era relativamente más frecuente que hoy. A este respecto, el matrimonio gozaría de mayor seguridad que nunca. Pero en realidad comienza a ser discutido. Es un mal síntoma que los médicos empiecen a escribir libros con consejos para conseguir un «matrimonio perfecto». Quienes están sanos no necesitan del médico. Pero el matrimonio actual se ha vuelto de hecho algo inseguro.

[OC 10, § 248]

Mientras que para la concepción del hombre corriente el amor coincide en su verdadero sentido con la institución del matrimonio, y más allá del matrimonio no hay más que adulterio o amistad concreta, para la mujer el matrimonio no es ninguna institución sino una relación humana, erótica. O al menos quisiera creerlo así. (Dado que su Eros no es ingenuo, sino que admite también, sin confesarlo, otros motivos, tales como la conquista de una posición social a través del vínculo conyugal, etc., este principio no puede realizarse de manera pura). La mujer imagina el matrimonio como relación exclusiva y puede soportar más fácilmente su exclusividad sin aburrirse mortalmente, pues si tiene hijos o parientes próximos puede establecer con ellos una relación tan estrecha como con él marido. El hecho de que no mantenga con ellos relaciones sexuales no significa nada, pues, de todos modos, la relación sexual le importa mucho menos que la relación anímica. Basta con que, al igual que el marido, tenga la creencia de que su relación es única y exclusiva.

[OC 10, § 255]

Ningún hombre es hasta tal punto masculino como para no albergar también algo de femenino. Antes bien, el hecho es que justamente los hombres muy viriles poseen (aunque de forma muy encubierta y escondida) una vida anímica muy delicada (denominada con frecuencia e injustamente «femenina»). Es una virtud que el hombre mantenga reprimidos en la medida de lo posible los rasgos femeninos, al igual que a la mujer no le sentaba bien, por lo menos hasta ahora, ser un marimacho. La represión de rasgos e inclinaciones femeninas conduce naturalmente a un abarrotamiento de estas exigencias en lo inconsciente. La *imago* de la mujer (el alma) se convierte igualmente en el receptáculo de estas exigencias, por lo que el hombre, en su elección amorosa, cede con frecuencia ante la tentación de conquistar aquella mujer que mejor se corresponda con el tipo especial de su propia feminidad inconsciente, una mujer, por tanto, que pueda recibir sin reparo la proyección de su alma. Aunque a menudo tal elección se considera y percibe como un caso ideal, también puede ser que de esta forma el hombre se case a todas luces con su debilidad peor.

[OC 7, § 297]

Cuando usted comprueba cómo un intelectual típico tiene miedo de enamorarse, al principio creerá que ese miedo es muy estúpido. Pero quizá él posea buenos motivos para su miedo, pues es altamente probable que en un caso así se comporte de forma realmente absurda. Será violentado por sus sentimientos, ya que éstos reaccionan solamente ante un tipo arcaico o peligroso de mujer. Por eso muchos intelectuales tienden a casarse por debajo de su nivel. Quizá resulten atrapados por la casera o la

cocinera; en realidad caen en la trampa de sus propios sentimientos arcaicos, de los cuales no pueden dar cuenta. Se asustan, por tanto, con razón, pues sus sentimientos pueden conducirlos a la ruina. En el pensamiento son inatacables. Ahí son fuertes e independientes; pero en su sentimiento pueden ser influidos, violentados, engañados y utilizados, y son conscientes de ello. Nunca se debería por tanto querer hacer entrar a la fuerza a un intelectual en su sentimiento. Lo reprimirá con puño de hierro, porque sabe lo peligroso que es.

[OC 18/1, § 35]

La concepción que tiene todo hombre respetable es que con la mujer la cosa marcha sola, que el matrimonio se desarrolla solo. Lo único que no marcha por sí solo es el negocio. Para la mujer lo único que no marcha por sí solo es el matrimonio, pues ése es su negocio. ¡Una considerable diferencia en los puntos de vista!

[*Análisis*, 188]

Hace poco tuve una consulta con un hombre que me contó la historia de su aventura con otra mujer. Ella había despertado en él un sentimiento negativo hacia su esposa. Yo insinué que podía hablar abiertamente con su esposa, pero dijo que era imposible contarle algo así. Luego de un tiempo vi a su esposa, y me enumeró la larga serie de infidelidades por su parte: seis hombres, uno tras otro. Se contagió de gonorrea y luego le echó las culpas a su marido. Él había tenido gonorrea antes del matrimonio, y su médico le dijo a ella que quizá no había sanado del todo; podía rebrotar fácilmente de tal manera que ella se volviese a infectar. El marido se sintió tan disminuido que ni siquiera me lo contó. Tal situación es exactamente igual al problema de los padres que retroceden ante el hecho de hablar con sus hijos sobre sexo. Los niños dicen. «Qué tonta es mamá, parece no saber nada de estas cosas».

[*Análisis*, 237]

Los hombres pueden andar con mujeres de vida alegre y no obstante insistir en su propia corrección; y las mujeres pueden escaparse con auténticos diablos y sostener sin embargo que son esposas fieles. Nos tenemos que resignar al hecho de que el mundo es muy serio y, al mismo tiempo, muy ridículo.

[*Análisis*, 87]

Ahora bien, es un hecho que no existe ningún hombre que no peque o que alguna vez haya albergado la esperanza de salir del pecado. Ya debería estar muerto. Cuando ya

no puede [pecar] más, entonces se acabó. Pero no antes. Esto es simplemente un hecho. Nadie puede querer convencerme de que no es así.

Cuando usted contempla a los santos… sí, Dios mío, ¿quién debe soportar allí la carga? ¿Quién, por ejemplo, se hizo cargo de la mujer de Nicolás de Flüe cuando dejó atrás a tantos hijos y a su mujer para convertirse en un ermitaño? Sí, ¡*allí* se convirtió en un santo! Y su mujer e hijos podían ordeñar las vacas y esas cosas. Pero él estaba fuera de juego. Igual que Tolstoi, quien con avanzada edad quería convertirse rápidamente en un santo y dio a su mujer toda la fortuna. Pero él comía de esa fortuna. No son más que niñerías.

Una vez vi a un verdadero santo. Lamentablemente no puedo darle detalles biográficos más precisos. Durante tres días hablé con él y me hundía cada día algunos metros en mi naturaleza pecadora y en mi imperfección. En la noche del tercer día ya quedaba muy poco de mi persona. A la mañana siguiente vino a consulta su mujer. ¡Ahí recibí otra imagen de todo ese esplendor! Volví a remontar los catorce estados en que me hallaba enterrado bajo tierra y me recompuse completamente. Estaba harto. Comprendí: «Sí, esto es a lo que ahora se llama santidad».

Naturalmente que existen santos muy respetables, eso lo acepto sin problemas.

[*Sentimientos*, 61]

¿Para qué tenemos, después de todo, psicología? ¿Por qué nos interesamos precisamente hoy por la psicología? La respuesta es: a todos le sería necesaria. […] Vivimos en un tiempo en el cual empieza a alborear el conocimiento de que el pueblo que vive del otro lado de la montaña no está compuesto exclusivamente de diablos pelirrojos responsables de todo el mal que ocurre de este lado. Algo de esta oscura intuición también se ha introducido en la relación entre los sexos: ya no todo el mundo está totalmente convencido de que todo lo bueno radica en el yo y todo lo malo en el tú. Ya existen hoy en día personas más que modernas que se preguntan con toda seriedad si a fin de cuentas no hay algo que realmente no funciona, si acaso no se ha sido algo inconsciente, algo anticuado, y debido a ello se siguen aplicando injustamente en la cuestión de las dificultades de relación entre ambos sexos métodos medievales, por no decir de los habitantes de la edad de las cavernas. Sí, hay personas que han leído la encíclica del papa sobre el matrimonio cristiano con horror, aunque tengan que admitir que para los habitantes de las cavernas el matrimonio llamado «cristiano» supone un avance cultural. Aunque la mentalidad prehistórica no esté ni con mucho superada y precisamente en el ámbito de la sexualidad, en donde el hombre se percata con mayor claridad de su naturaleza mamífera y experimenta sus triunfos más considerables, aún así, sin embargo, se han introducido ciertos refinamientos éticos que permiten a los seres humanos, que tienen tras de sí una educación cristiana de entre diez y quince siglos, moverse a una fase algo más elevada.

En esta fase, el espíritu —un fenómeno psíquico incomprensible para la concepción biológica— desempeña un papel psicológico que no es menor. Ya había aportado importantes conceptos a la idea del matrimonio cristiano, y en la duda y desvalorización modernas del matrimonio se inmiscuye de manera significativa en la discusión; negativamente como el abogado del instinto y positivamente como el defensor de la dignidad humana. De esto se sigue que no es ningún milagro que de ello surja un conflicto salvaje y confuso entre el ser humano como ser natural instintivo y el ser humano como ser cultural y espiritual. Pero lo malo en todo ello es que una parte siempre desea reprimir a la otra violentamente a fin de lograr establecer una solución armónica y unitaria del conflicto. Lamentablemente son demasiados los que siguen creyendo en este método todopoderoso en la política, y son muy pocos los que, tanto aquí como allí, lo condenan como una barbarie y prefieren poner en su lugar una comparación justa en la cual se escuchen a ambas partes.

Pero, desgraciadamente, en el problema de la relación entre los sexos nadie puede establecer por sí solo una comparación, sino que ésta solamente puede tener lugar en la relación con el otro sexo. ¡Por eso la necesidad de la psicología! En este plano la psicología se transforma en un informe, o mejor aún, en una metodología de la relación. La psicología garantiza un verdadero *saber* del otro sexo y sustituye al arbitrario *opinar*, fuente de incurables malentendidos que socavan de forma devastadora los matrimonios de nuestro tiempo.

[OC 18/2, § 1799 ss.]

Sobre la comunidad

«Sea lo que fuere, en cualquier caso es una suerte que el hombre lleve en sí su ley social como necesidad innata».

[OC 4, § 655]

Hay quien se entrega con gusto al ridículo temor de que la persona sería un ser incontrolable si fuera como es en realidad, y que si todas las personas se volvieran como realmente son se produciría una espantosa catástrofe social. De modo extremadamente unilateral, muchos individualistas de hoy entienden que la realidad del hombre es únicamente su componente siempre insatisfecho, anárquico y codicioso, olvidando sin embargo completamente que justo ese mismo ser humano es también quien ha creado las rígidas organizaciones de la civilización actual, de firmeza y fuerza mayores que las contracorrientes anárquicas. Tener una fuerte personalidad social es una de las más inexcusables condiciones de supervivencia del hombre. Si no fuera así el ser humano dejaría de existir. Lo codicioso y turbulento que nos sale al paso en la psicología del neurótico no es ciertamente la realidad del ser humano, sino una caricatura infantil. En realidad el hombre normal es el «sostén del Estado y de la moral», crea las leyes y las observa, no porque se le hayan impuesto desde fuera —sería una idea pueril—, sino porque ama más el orden y la ley que el capricho, el desorden y la ausencia de ley.

[OC 4, § 442]

Yo me inclinaría a suponer que lo primario no son los impulsos egoístas, sino precisamente los altruistas. Amor y confianza del niño frente a la madre, que lo alimenta, cuida, protege, acaricia; amor del hombre a la mujer, entendido como fusión en una personalidad ajena; amor y cuidado de la descendencia; amor a los parientes, etc. Mientras que los impulsos egoístas sólo se originan en el deseo de posesión exclusiva del objeto de amor, el deseo de poseer en exclusividad a la madre frente al padre y los hermanos, el deseo de obtener para sí solo a una mujer, el deseo de poseer joyas y vestidos, etc. Quizá me diga usted que soy paradójico, y que los impulsos, sean de coloración egoísta o altruista, surgen a un tiempo en el corazón del hombre, y que cada impulso es de naturaleza ambivalente. Pero yo pregunto: ¿son realmente ambivalentes los sentimientos y los impulsos? ¿Son acaso bipolares? ¿Son las cualidades del sentimiento absolutamente comparables entre sí? ¿Es el amor realmente lo contrario del odio?

Sea lo que fuere, en cualquier caso es una suerte que el hombre lleve en sí su ley social como necesidad innata; en caso contrario las cosas le irían mal a nuestra humanidad civilizada, que entonces sólo estaría sometida a leyes impuestas desde fuera: al extinguirse la anterior fe religiosa en la autoridad debería caer de modo infalible y rápido en una completa anarquía.

[OC 4, § 654 s.]

Si se pudiese mejorar al individuo, me parece que existiría un fundamento para mejorar la totalidad de las cosas. Pero un millón de ceros siguen sin hacer un uno.

Sostengo, por tanto, la opinión poco popular de que incluso el mejor acuerdo en el mundo solamente puede partir del individuo y efectuarse a través de él. Pero debido a las desmesuradas cifras que se deben tener en cuenta, esta verdad aparece como una nulidad casi desesperante. No obstante, supongamos que alguien quisiese hacer el esfuerzo de realizar su aportación infinitesimal al anhelado ideal; en ese caso debe ser capaz de comprender verdaderamente a otra persona. La condición imprescindible para esto es que se comprenda a sí mismo. Si no lo hace, entonces es inevitable que vea a los demás solamente a través de la niebla distorsionada y engañosa de sus propios prejuicios y proyecciones, y que impute y aconseje a los semejantes precisamente aquellas cosas que a él mismo más falta le hacen. Hay que comprenderse en buena medida a uno mismo si uno pretende realmente entenderse con otro.

[*Cartas* II, 418 s.]

Para ser consciente de mí mismo debo poder diferenciarme de los otros. Únicamente donde existe esta diferenciación puede tener lugar una relación.

[OC 17, § 326]

Es precisamente el egoísmo de los enfermos el que me obliga, con el fin de curarlos, a reconocer el profundo sentido del egoísmo. Allí se encuentra escondida —debería estar ciego para no verlo— una verdadera voluntad divina. Si el enfermo logra —y para ello debo ayudarlo— hacer prevalecer su egoísmo, entonces se distancia de las otras personas, las repele, y de esta manera vuelven a sí mismas; lo cual les sucede con justicia, pues pretendían quitarle al enfermo el sagrado egoísmo. Pero éste debe permanecer en él, porque es su fuerza más vigorosa y sana, es, como decía, una verdadera voluntad divina que con frecuencia lo conduce a una soledad total. Por más terrible que sea este estado, también es útil; pues solamente allí puede el enfermo reconocerse a sí mismo, puede aprender a calibrar qué inestimable bien es el amor de las otras personas, y además de ello, solamente en el abandono y la más profunda soledad consigo mismo es donde se experimentan las potencias que asisten.

Si se han visto algunas veces estos procesos, entonces ya no se puede negar que aquello que era malo se volvió bueno, y que lo que parecía bueno mantenía vivo lo malo. El mismo demonio del egoísmo es la *via regia* a aquella paz que requiere una experiencia religiosa primigenia. Es la gran ley de vida de la *enantiodromía*, del tránsito al opuesto, aquello que posibilita la unión de las dos mitades enemigas de la personalidad acabando, así, con la guerra civil.

[OC 11, § 525 s.]

En nuestra época, que le otorga a la socialización del individuo tanta importancia, dado que una cierta capacidad de adaptación es necesaria, también cobra cada vez mayor sentido la formación en grupo orientada de forma psicológica. Pero teniendo presente la notoria inclinación de los seres humanos a aferrarse a los demás y a los «ismos» en lugar de encontrar seguridad e independencia en sí mismos, cosa que sería muy necesaria, subsiste el peligro de que el individuo transforme al grupo en un padre y una madre y que continúe siendo tan dependiente, inseguro e infantil como antes. Se adaptará socialmente, pero ¿qué representa como individualidad, única cosa que le da pleno sentido al contexto social?

[*Cartas* II, 452]

No hay duda ninguna de que también en el mundo democrático la distancia entre los hombres es mayor de lo que resulta conveniente al bienestar público o de lo favorable para las necesidades anímicas.

[OC 10, § 578]

La cuestión de las relaciones humanas y de la cohesión interna de nuestra sociedad es un asunto urgente en vista de la atomización de las masas humanas meramente apiñadas, cuyas relaciones personales se ven minadas por la desconfianza universal. Donde tienen lugar la inseguridad jurídica, la vigilancia policial y el terror, las personas caen en el aislamiento, lo cual constituye la finalidad y el propósito del Estado dictatorial, pues éste se basa en la mayor acumulación posible de unidades sociales impotentes. Frente a este peligro la sociedad libre necesita un medio de cohesión de carácter afectivo, es decir, un principio como el que representa la *caritas*, el amor cristiano al prójimo. Pero precisamente el amor al congénere es el que más sufre como consecuencia de la falta de entendimiento provocada por las proyecciones. Es, pues, de máximo interés para la sociedad libre interesarse, desde la comprensión psicológica, por la cuestión de la relación humana, pues en ella reside su verdadera cohesión y también, por lo tanto, su fuerza. Donde acaba el amor comienzan el poder, la violación y el terror.

[OC 10, § 580]

El centro de toda infamia se encuentra siempre a una distancia de algunos kilómetros por detrás de las líneas enemigas. Esta misma psicología primitiva es la que también posee el individuo; por consiguiente, todo intento de volver conscientes estas proyecciones —inconscientes durante siglos— se percibe como algo irritante.

Ciertamente se desean mejores relaciones con los demás, pero naturalmente con la condición de que éstos correspondan a nuestras expectativas, es decir, que sean portadores voluntarios de nuestras proyecciones. Pero cuando uno se vuelve consciente de estas proyecciones, entonces aparecen fácilmente dificultades en la relación con otras personas, pues falta el puente ilusorio por el cual el amor y el odio pueden fluir de forma liberadora, por el cual todas aquellas pretendidas virtudes, que los otros quieren favorecer y mejorar, pueden atribuirse con facilidad y satisfactoriamente al hombre. Como consecuencia de esta dificultad se produce una congestión de la libido, por medio de la cual se vuelven conscientes las proyecciones más desfavorables. Se acerca al sujeto el deber de hacerse cargo de toda aquella infamia o maldad que se atribuía resueltamente al otro y por la cual se había indignado a lo largo de la vida. Lo irritante de este procedimiento es la certeza, por un lado, de que si todos los hombres actuasen así, la vida sería bastante más soportable; por otro lado, la percepción del duro obstáculo que se debe vencer para aplicar este principio a uno mismo y de forma seria. Lo más deseable sería que lo haga el otro; si uno mismo debe hacerlo resulta insoportable.

[OC 8, § 517]

La superación de las represiones personales conduce en una primera instancia contenidos puramente personales a la conciencia, pero allí ya se encuentran los elementos colectivos de lo inconsciente, los instintos omnipresentes, cualidades e ideas (imágenes), también todas aquellas aportaciones «estadísticas» parciales acerca de la virtud media y del vicio medio: «Todo el mundo lleva en sí algo de criminal, de genio y de santo», como suele decirse. Así se produce finalmente un cuadro vivo que contiene casi todo lo que se mueve sobre el tablero escaqueado del mundo, lo bueno tanto como lo malo, lo bello tanto como lo feo. De esta forma se prepara gradualmente una similitud con el mundo —percibida por muchos de manera positiva — que llegado el caso también constituye el momento decisivo en el tratamiento de la neurosis. He visto algunos casos en los cuales, bajo este estado, se lograba por primera vez en la vida despertar amor y sentir amor, o en otro sentido, osar dar ese salto hacia lo desconocido que los enredó en el destino que les convenía.

[OC 7, § 236]

Vivir huyendo de sí mismo es una cosa amarga, y vivir con uno mismo requiere una serie de virtudes cristianas que en este caso hay que aplicar a uno mismo, a saber: la paciencia, el amor, la fe, la esperanza y la humildad. Ciertamente, es una gran cosa alegrar al prójimo con ello, pero con facilidad el demonio del autorreflejo nos golpea amistosamente la espalda diciendo. «¡Bien hecho!». Y puesto que ésta es una gran verdad psicológica, tiene que volverse lo opuesto para la misma cantidad de personas,

a fin de que el diablo tenga algo que reprender. ¿Se es feliz cuando hay que aplicarse a sí mismo estas virtudes? ¿Cuándo soy yo el receptor de mi propio donativo, es decir, cuando soy yo el más pequeño entre todos mis hermanos, a quien debería prestar cobijo? ¿Y si tuviese que reconocer que es a mí mismo a quien hacen falta mi paciencia, mi amor, mi fe y hasta mi humildad? Sí, ¿y si yo soy el demonio de mí mismo, el adversario, que siempre y en todas las cosas quiere lo opuesto? ¿Puede uno realmente soportarse a sí mismo? No se debe hacer al otro lo que uno no se haría a sí mismo. Esto vale tanto para lo malo como para lo bueno.

[OC 16, § 522]

Un hombre joven, de aproximadamente unos treinta años, de manifiesta inteligencia y altamente intelectual, vino a verme, no para que lo tratara, como dijo, sino solamente para formularme una pregunta. Me dio un manuscrito bastante extenso que contenía, según manifestó, la historia y análisis de su propio caso. Lo denominaba neurosis obsesiva, y estaba en lo correcto, como pude comprobar al leer el manuscrito. Era una especie de biografía psicoanalítica, redactada con suma inteligencia y notable introspección. Era un tratado científico correcto, fundado sobre lecturas vastas y exactas de la literatura especializada correspondiente. Lo felicité por su logro y le pregunté con qué fin había venido a verme. Me dijo: «Bien, usted ha leído lo que he escrito. ¿Podría decirme por qué, con toda mi introspección, sigo siendo tan neurótico como antes? Según la teoría, debería haberme curado, ya que pude evocar en mi memoria hasta los recuerdos más alejados. He leído acerca de muchos casos que, con mucha menos introspección que la que yo poseo, fueron curados. ¿Por qué habría de ser yo una excepción? Por favor, dígame qué he pasado por alto o qué cosas sigo reprimiendo». Yo le respondí que en ese momento no podía ver el motivo que aclarase por qué su neurosis no había resultado afectada por su introspección realmente sorprendente. «Pero», le dije, «permítame que solicite más información acerca de su persona». «Con gusto», contestó. A lo que yo dije: «Usted menciona en su biografía que su invierno transcurre con frecuencia en Niza y su verano en St. Moritz. Supongo que es usted hijo de padres de buena posición». «No, no», dijo él, «no son ricos». «Entonces, ¿usted mismo hizo el dinero?». «No», contestó sonriendo. «Pero, ¿cómo es entonces?», pregunté vacilando. «Eso no significa nada», dijo él, «obtuve el dinero de una mujer que tiene sesenta y tres años y que es maestra en una escuela de enseñanza primaria. Es un lío, usted ya sabe», agregó. Esta mujer, algunos años mayor que él, se encontraba de hecho en una situación muy modesta y vivía de sus humildes ingresos como maestra. Se privaba de casi todo, naturalmente con la esperanza de casarse, cosa que a este famoso caballero ni siquiera se le pasaba por la cabeza. «¿No cree usted», le dije, «que una de las principales razones por las que usted aún no se ha curado podría radicar en el hecho de estarse aprovechando económicamente de esta pobre mujer?». Pero se rió de mi absurda alusión moral,

como él la definió, la cual, según creía, no tenía nada que ver con la estructura científica de su neurosis. «Además», dijo, «he hablado con ella de este asunto y ambos estamos de acuerdo en que carece de importancia». A lo que contesté: «¿Usted por tanto supone que por el hecho de discutir esta situación el otro hecho —que usted sea mantenido por una mujer pobre— desaparece del mundo? ¿Usted supone que de esa forma el dinero que suena en su bolsillo se transforma en un bien adquirido de manera recta?». Después de esto se levantó indignado, murmuró algo acerca de prejuicios morales y se despidió. Es uno de tantos que cree que la moral no tiene nada que ver con la neurosis y que un pecado intencional no es un pecado mientras se lo pueda eliminar intelectualmente.

Queda claro que a este señor tuve que enseñarle mis concepciones. Si nos hubiésemos puesto de acuerdo, podría haber sido posible un tratamiento. Pero si nosotros, dejando de lado el fundamento imposible de su vida, hubiésemos comenzado el trabajo, habría sido en vano. Con tales concepciones uno solamente se puede adaptar a la vida si es un criminal. Pero este paciente no era un verdadero criminal, sino únicamente uno de esos intelectuales que confían hasta tal punto en el poder del entendimiento que llegan a creer que se puede borrar la injusticia perpetrada. Naturalmente que yo creo en el poder y la dignidad del intelecto, pero sólo hasta el punto en que no atente contra los valores del sentimiento.

[OC 17, § 182 s.]

Habría que contar con una especie de escuelas para adultos donde al menos se enseñase a las personas los rudimentos del conocimiento de sí mismo y del de los demás. Más de una vez he hecho esta propuesta, pero todo queda en el deseo piadoso, aun cuando todo el mundo acepta teóricamente que no puede existir ningún acuerdo general sin el conocimiento de sí mismo. Sería posible encontrar medios y caminos si se tratase de algún problema técnico. Pero como se trata de lo más importante, a saber, del alma de las personas y de las relaciones humanas, entonces para esto no existen maestros ni alumnos, ni medios de aprendizaje, ni cursos, sino que todo permanece estancado en el encogerse de hombros y en el «habría que». Que cada cual debería empezar por sí mismo es demasiado impopular, y por ello todo sigue igual. Solamente cuando las personas se ponen hasta tal punto nerviosas que el médico diagnostica una neurosis, entonces se recurre a médicos especialistas, cuyo horizonte disciplinar no suele incluir la responsabilidad social.

[*Cartas* II, 419]

Si usted no desea arruinarse moralmente, solamente existe una pregunta, a saber: ¿qué carga tiene que soportar usted mismo para tomarse a pecho la necesidad del prójimo?

[*Cartas* II, 395]

Usted quizá tienda a la concepción de que la dificultad queda superada cuando su consciencia ha vencido algo, pero generalmente no es así. Se puede superar con total facilidad algo en la conciencia, pero el hombre inconsciente lo encuentra extremadamente difícil y sufre con este conflicto. Piense, por ejemplo, en alguna relación humana en su vida o en algún deber desagradable. Su consciencia sabe que no hay más remedio que adaptarse, y usted realmente lo logra; pero cuando se cansa un poco o no se siente del todo bien, entonces reaparece ahí el viejo rencor y repentinamente ya no lo soporta más. Es como si jamás hubiese aprendido a tratar con ello. El hombre débil e inferior aparece tan pronto como su conciencia cede un poco. Solamente es necesario un pequeño cansancio y todas nuestras bellas capacidades desaparecen por completo; todo lo que aprendimos desde siempre de repente ya no existe.

[*Análisis*, 710]

Dear sir, usted tiene toda la razón: sin el hecho de la relación no es posible la individuación. La relación comienza generalmente con la conversación. Por eso la comunicación es sin lugar a dudas muy importante.

A lo largo de sesenta años practiqué esta sencilla verdad. También le doy la razón en que la experiencia religiosa depende hasta cierto grado de las relaciones humanas. Ignoro hasta qué grado. Existe por ejemplo la tradición apócrifa «donde hay dos, ahí están con Dios, y donde hay uno solo, allí estoy con él». Pero, ¿qué sucede con los eremitas? Si busca, seguramente encuentre al interlocutor adecuado. Siempre es importante poseer un contenido que pueda ser introducido en una relación, y a menudo uno encuentra este contenido en la soledad.

[*Cartas* III, 358]

Sí, una persona nunca es representada únicamente por sí misma. Una persona solamente es algo en relación con otros individuos. Obtenemos una imagen completa de alguien sólo cuando lo vemos en relación con su medio, de igual forma que no sabemos nada de una planta o un animal si desconocemos SU espacio vital.

[*Análisis*, 253]

El proceso de individuación posee dos aspectos centrales: por un lado, es un fenómeno de integración interno, subjetivo; por otro lado, un fenómeno

imprescindible de relación objetiva. Un aspecto no puede existir sin el otro, aunque a veces sea más preponderante uno que el otro. A este doble aspecto corresponden dos peligros típicos: uno de ellos consiste en que el sujeto utiliza las posibilidades de desarrollo que ofrece el enfrentarse con lo inconsciente para rehuir ciertas obligaciones humanas y afectar una «espiritualidad» que no resiste una crítica moral; el otro consiste en que las inclinaciones atávicas poseen demasiada fuerza y reprimen la relación hacia un nivel primitivo. Entre estas Escila y Caribdis corre el estrecho camino a cuyo conocimiento han contribuido tanto la mística cristiana de la Edad Media como la alquimia.

[OC 16, § 445]

Sobre la relación que cura

«La psicoterapia es básicamente una relación dialéctica entre médico y paciente. Es una discusión entre dos totalidades anímicas en donde todo saber es solamente una herramienta».

[OC 11, § 904]

Traté a una joven muchacha de unos veinte o veinticuatro años. Había tenido una infancia singular. Nacida en Java e hija de una familia europea muy distinguida, tuvo una niñera nativa. Como ocurre frecuentemente con los niños nacidos en las colonias, el entorno exótico y la cultura extraña —en este caso hasta bárbara— se le «metieron en la piel», y toda la vida emocional e instintiva de la niña se vio influida por aquella extraña atmósfera. Esto es algo de lo que el blanco en Oriente rara vez se percata; es la atmósfera psíquica de los aborígenes en relación a los blancos, una atmósfera de intenso terror; terror de la crueldad, de la falta de consideración y del poder descomunal e incalculable del hombre blanco. Esta atmósfera infecta a los niños nacidos en Oriente; el miedo se introduce en ellos, los llena de fantasías inconscientes acerca de la crueldad de los blancos, su psicología se tergiversa de forma extraña y su sexualidad sigue, con frecuencia, caminos totalmente errados. Sufren pesadillas incomprensibles y sentimientos de pánico y no son capaces de adaptarse de manera normal cuando se trata del problema del amor, del matrimonio y demás cosas.

Éste también era el caso de esta muchacha. Estaba fuera de quicio, se había enredado en las situaciones eróticas más arriesgadas y había adquirido mala fama. Adoptaba comportamientos que la denigraban, comenzó a maquillarse y a llevar joyas extravagantes para satisfacer a la mujer primitiva que corría por su sangre, o mejor, por su piel, a fin de que ésta se uniese a ella pudiese ayudarla a vivir. Debido a que no podía vivir sin sus instintos y naturalmente tampoco lo deseaba, tenía que hacer muchas cosas que la conducían a una situación muy degradante. Caía fácilmente en el mal gusto; vestía con colores horrendos para agradar a lo inconsciente primitivo en ella, de modo tal que la asistiese cuando pretendía atraer a un hombre. Naturalmente que los hombres que elegía eran de bajo nivel cultural, y de esta manera caía en los peores enredos. Su apodo era «la gran ramera de Babilonia». Por supuesto que todo esto era extremadamente funesto para una muchacha que, por lo demás, era respetable. Su apariencia era verdaderamente imposible y esto sí que me resultaba embarazoso, debido a mis empleados, cuando venía por una hora a mi consulta. Le dije: «Vea usted, de esta manera no puede venir aquí, usted parece…», y utilizaba palabras muy drásticas. Ella se afligía mucho, pero no podía hacer nada contra ello.

Entonces soñé lo siguiente acerca de ella: *Estaba en una calle al pie de una alta colina, en la colina había un castillo, y en el castillo una alta torre, el* torreón. *En la punta de esta alta torre había una logia, una construcción muy bella y abierta con pilares y una maravillosa balaustrada de mármol; sobre esta balaustrada estaba sentada una elegante mujer. Miré hacia arriba —tuve que mirar con tal fuerza que más tarde sentí el dolor en mi cuello— ¡y la figura era mi paciente!* Luego desperté e inmediatamente pensé: «¡Cielos! ¿Por qué mi inconsciente coloca a esta muchacha tan alto?». E inmediatamente me topé con el pensamiento: «La he mirado con desprecio». La había mirado realmente como a algo malo. Mi sueño me mostraba que eso era falso, y comprendí que había sido un mal médico. Por eso al día siguiente le

dije. «Tuve un sueño con usted, en el que tenía que mirar tan hacia arriba para poder verla que mi cuello quedó dolorido, y el motivo de esta compensación radica en que yo la he mirado con desprecio». ¡Esto, puedo decírselo, obró maravillas! No más dificultades con la transferencia, porque sencillamente pude llevarme bien con ella y podía encontrarla en el plano correcto.

Podría referirle toda una serie de tales sueños significativos que toman posición frente a la actitud del médico. Y cuando realmente se intenta que el encuentro con el paciente se produzca en el mismo nivel, no demasiado arriba y tampoco demasiado abajo, cuando se adopta la actitud correcta y los valores se colocan de forma correcta, entonces se tiene mucho menos trabajo con la transferencia. No se la eludirá totalmente, pero es seguro que uno no se verá confrontado con esas formas terribles de la transferencia que solamente son sobrecompensaciones por una relación que falta.

[OC 18/1, § 334 ss.]

En el sentido más profundo todos nosotros no soñamos *desde nosotros*, sino desde aquello que *se encuentra entre nosotros y los demás*.

[*Cartas* I, 223]

Naturalmente que un médico debe conocer los llamados «métodos». Pero debe guardarse de quedar fijado de manera rutinaria a un determinado camino. Los presupuestos teóricos deben aplicarse con cuidado. Hoy quizá sean válidos, mañana pueden ser distintos. En mis análisis no juegan ningún papel. Soy asistemático de manera intencionada. Para mí, frente al individuo existe únicamente la comprensión individual. Para cada paciente se necesita un lenguaje diferente. Así, en un análisis se me puede oír hablar de forma adleriana y en otro de forma freudiana.

El punto central es que me encuentro como ser humano frente a otro ser humano. El análisis es un diálogo al cual pertenecen dos socios. El analista y el paciente están sentados mirándose frente a frente. El médico tiene algo que decir, pero el paciente también.

[*Recuerdos*, 137]

La situación psíquica del individuo en nuestros días está tan amenazada por la publicidad, la propaganda y otros consejos y sugestiones más o menos bienintencionados, que debe ofrecérsele al paciente, por lo menos una vez en su vida, una relación en la que no aparezcan los tan repetidos «se debería, se tendría que» (y otras confesiones de impotencia por el estilo).

[OC 10, § 534]

Deje obrar tranquilamente a la transferencia y escuche con empatía. La paciente evidentemente lo necesita como a un padre, función a la cual debe ajustarse; un verdadero padre, que amoneste, reprima, asista, sea paternal, etc. Pero nada de una actitud técnico-analítica, sino esencialmente humana. La paciente lo necesita para poder reunir en su unidad, tranquilidad y seguridad su personalidad disociada. Usted debe, antes que nada, estar simplemente presente sin demasiadas intenciones terapéuticas. La paciente ya sacará lo que necesita de usted. Si no rectifica su relación con el padre tampoco podrá poner en orden su problema amoroso. Primero debe hacer las paces con el padre, es decir, lograr una relación de confianza humana.

[*Cartas* III, 386 s.]

Mientras se sienta el contacto, la atmósfera de confianza natural, no habrá peligro; e incluso si hay que mirar a los ojos al terror de la locura o a la sombra del suicidio, subsiste esa esfera de fe humana, esa certeza de comprender y ser comprendido, por más negra que sea la noche.

[OC 17, § 181]

Una mujer joven, que hace unos días me hizo una visita, está comprometida y tan enamorada de su hombre como él de ella. Desde hace cuatro años hace análisis, cinco días a la semana, solamente interrumpidos por tres semanas de vacaciones al año. Le pregunté por qué demonios no se casaba. Me contestó que primero tenía que concluir su análisis, que ésta era una obligación que debía cumplir antes. Le dije: «¿Quién le contó a usted que tiene una obligación con el análisis? ¡Usted tiene una obligación con la vida!». Esta joven mujer es una víctima del análisis. A su analista le sucede lo mismo. Éste es un caso en el que una joven mujer vive dentro de sus fantasías mientras la vida espera por ella. Se ha enredado en su *animus*. Incluso si cometiese una tontería la arrojaría a pesar de ello a la vida. Tal como están las cosas, el resultado solamente puede ser desconcierto, apariencia, nada. Su analista sigue una teoría y la joven mujer transforma el análisis en un deber, en lugar de hacerlo con la vida. Si fuese una mujer en la segunda mitad de la vida, entonces el tratamiento debería ser completamente diferente, debería reconstruir al individuo. No tengo dudas con respecto a los motivos, pero comparado con este analista yo trato a mis pacientes de manera francamente brutal. ¡Los veo solamente dos o tres veces a la semana y hago en el correr del año cinco semanas de vacaciones!

[*Análisis*, 114]

No hay que considerar a un paciente como un ser subordinado que se tiende en un diván mientras uno se sienta detrás como un dios que deja de vez en cuando salir una palabra. También hay que evitar en lo posible cualquier sugestión de enfermedad. El paciente tiende de todas formas hacia esa dirección, le gustaría refugiarse en la enfermedad: «… Uno se rinde, no tengo más que tumbarme: estoy enfermo y agotado…». La enfermedad es también una forma de solución para acabar con el problema de la vida: «¡Estoy enfermo; tiene que ayudarme el médico!». Como terapeuta no puedo ser ingenuo. Hay que tratar al paciente, cuando no tiene que guardar cama, como a una persona normal. Yo diría que como a un igual. Esto ofrece una base sana para el tratamiento. A veces vienen a verme personas con la esperanza de que yo produzca un acto de magia médica. Se desilusionan cuando los trato como personas normales y me comporto como una persona normal. Una paciente, en otra consulta, tuvo la experiencia del «dios silencioso» detrás del sofá. Cuando empecé a hablar con ella me dijo sorprendida, casi disgustada: «¡Pero usted exterioriza emociones, dice incluso su opinión!». Naturalmente que tengo emociones, y también las muestro. Nada es más importante que esto: hay que tomar a cada hombre realmente como tal, y por lo tanto tratarlo de acuerdo con su singularidad.

[OC 10, § 881]

El psicoterapeuta no debería seguir incurriendo en la ilusión de que el tratamiento de la neurosis no requiere más que conocer una técnica, debería quedar muy claro que el tratamiento anímico de un enfermo es una *relación* en la que el médico está tan implicado como el paciente. Un verdadero tratamiento anímico sólo puede ser individual, y la mejor de las técnicas sólo tiene un valor relativo. Tanto mayor es la importancia de la actitud general del médico, que debe conocerse muy bien para no destruir los valores peculiares del enfermo que se le confía, sean éstos cuales fueren.

[OC 10, § 352]

Cada terapeuta debería tener un control mediante una tercera persona, de manera tal que adquiera otro punto de vista. El mismo papa tiene un confesor. Siempre les aconsejo a los analistas: «¡Tened un “confesor” o una “confesora”!». Las mujeres están especialmente bien dotadas para ello. Tienen con frecuencia una intuición sobresaliente y ejercen una crítica certera, y pueden descubrir a los hombres y eventualmente también sus intrigas anímicas. Perciben facetas que el hombre no percibe. ¡Por eso ninguna mujer hasta ahora ha estado convencida de que su marido es el superhombre!

[*Recuerdos*, 140]

La transferencia puede consistir en una reacción totalmente espontánea y no provocada, una especie de «amor a primera vista». Naturalmente que la transferencia no debería entenderse equivocadamente como si fuera amor; no tiene nada que ver con el amor. ¡La transferencia solamente abusa del amor! Puede parecer que la transferencia sea amor; los analistas sin experiencia cometen el fallo de creer que es amor, y los pacientes cometen el mismo fallo y dicen que están enamorados del analista. Pero de ninguna manera lo están.

[OC 18/1, § 328]

Hay que dejar a la gente donde está. No se trata de si aman o no al analista. No somos uno de esos alemanes que quieren ser amados cuando se les compra un par de calcetines. Esto es sentimental. El problema central del paciente es precisamente vivir su propia vida, y no se lo ayuda entrometiéndose.

[OC 18/1, § 351]

La idea infantil del amor consiste en recibir regalos de otros. Con esta definición los pacientes plantean sus exigencias, comportándose como la mayoría de las personas normales, cuya codicia infantil no va más allá sólo gracias al freno que supone el cumplimiento de los deberes biológicos y la satisfacción libidinal que procuran y que, debido a una cierta falta de carácter, tampoco se muestra *a priori* muy inclinada al apasionamiento.

[OC 4, § 444]

Tomemos el ejemplo de un analista que debe tratar a una mujer que no le interesa especialmente, pero que de pronto descubre que tiene una fantasía sexual con ella. No es que desee que el analista tenga estas fantasías, pero si las tiene debe ser consciente de ellas, pues significan una comunicación importante de su inconsciente que indica que su contacto humano con la paciente no es bueno y que existe una distorsión en la relación. Lo inconsciente del analista le impone una fantasía en lugar del contacto humano natural que falta a fin de vencer la distancia interna. Estas fantasías pueden ser visuales o pueden aparecer bajo la forma de un sentimiento o de una sensación, de una sensación sexual, por ejemplo. Constituyen sin excepciones una señal de que la actitud del analista frente al paciente es equivocada, de que lo sobreestima o subestima o de que no le dedica la atención necesaria.

[OC 18/1, § 333]

La transferencia, por tanto, está compuesta por diferentes proyecciones que son el sustituto de una verdadera relación psicológica. Crean una relación aparente; en cierto momento, sin embargo, esta relación aparente reviste mucha importancia para el paciente, esto es, cuando su habitual dificultad para adaptarse es reforzada aún más por la necesaria revisión del pasado realizada en el análisis. Por ello la interrupción repentina de la transferencia siempre va unida a consecuencias sumamente incómodas y a menudo peligrosas; pues el paciente va a parar a una insoportable carencia de relaciones.

[OC 16, § 284]

Si queremos deshacer la transferencia debemos luchar contra fuerzas que no tienen sólo un valor neurótico, sino generalmente también una significación normal. *Cuando pretendemos llevar al enfermo a la disolución de la relación de transferencia le estamos exigiendo algo que raramente o nunca se exige en realidad del hombre medio: sobreponerse a sí mismo*. Sólo ciertas religiones han exigido del hombre este requisito.

[OC 4, § 443]

Si la proyección ha cesado, entonces la conexión negativa (odio) o positiva (amor) causada a través de la transferencia puede, por así decirlo, derrumbarse momentáneamente, de tal manera que en apariencia no reste más que la cortesía de una relación profesional. En un caso así no se puede dejar de conceder a nadie un suspiro de alivio, aun cuando ya se sabe que tanto uno como el otro simplemente han aplazado el problema: tarde o temprano, aquí o allí, aparecerá de nuevo, pues detrás se esconde el incansable empuje hacia la individuación.

[OC 16, § 447]

Las últimas y supremas preguntas de la psicoterapia no son un asunto privado, sino una responsabilidad ante la instancia más alta.

[OC 16, § 449]

El fenómeno de la transferencia es indudablemente uno de los síndromes más importantes y ricos del proceso de individuación y significa más que la mera inclinación o rechazo personales. Debido a sus contenidos y símbolos colectivos tiene un alcance que excede lo personal y alcanza a la esfera de lo social, y recuerda aquellas relaciones humanas más altas que nuestro orden social actual —o mejor

dicho, desorden— hace que echemos penosamente de menos.

[OC 16, § 539]

La transferencia con el médico le obliga a éste a entrar en la intimidad familiar, la cual resulta muy indeseable, pero ofrece una materia prima útil para la obra. Cuando se produce una transferencia, entonces el médico debe tratarla y debatirse con ella, a fin de que no se agregue al mundo un nuevo sinsentido neurótico. La transferencia es en sí misma un fenómeno natural que de ninguna manera acaece solamente en la consulta médica, sino que puede observarse en todos los sitios y que da ocasión a los absurdos más grandes, como todas las proyecciones que no son reconocidas. El tratamiento médico de la transferencia es una ocasión extraordinaria e inestimable para la retirada de proyecciones, para la compensación de pérdidas de sustancia y para la integración de la personalidad. Los motivos que subyacen a la transferencia poseen de todos modos y en primera instancia un aspecto oscuro, aun cuando se haga el mayor esfuerzo por blanquearlos, pues aquello que pertenece a la obra es la *sombra negra* (*umbra solis* o *sol niger* de los alquimistas) que cada cual lleva consigo, a saber, el aspecto menor y por tanto oculto de la personalidad, la debilidad inherente a toda fuerza, la noche que sigue a todo día, el mal que hay en todo bien. La comprensión de ello se encuentra naturalmente unida al peligro de entregarse a la sombra. Pero con este peligro está dada la posibilidad de decidir de manera consciente que no se caerá en ella. Un enemigo visible es mejor, en todos los aspectos, que uno invisible. En este caso no alcanzo a comprender las ventajas de la política del avestruz. No puede ser un ideal que las personas sigan siendo eternamente infantiles, que vivan ciegas con respecto a sí mismas, que le imputen todo cuanto no les gusta al vecino y que lo atormenten con sus prejuicios y proyecciones. ¡Cuántos matrimonios existen que son infelices durante años y a veces para siempre porque él ve en su mujer a la madre y ella en su marido al padre, sin reconocer jamás la realidad de la otra persona! La vida es suficientemente difícil, por lo que uno podría ahorrarse al menos las dificultades más tontas. Sin un diálogo radical con el otro resulta a menudo imposible disolver las proyecciones infantiles. Debido a que éste es el objetivo legítimo y razonable de la transferencia, ella conduce siempre y en todas partes, sea lo que sea el método del *rapprochement*, inevitablemente a la discusión y al enfrentamiento, y con ello a un mayor grado de consciencia, que es un barómetro de la integración de la personalidad. En esta discusión, más allá de las convenciones encubridoras, aparece el hombre verdadero. Nace realmente de la relación psíquica, y su extensión consciente se acerca a la redondez abarcante del círculo.

[OC 16, § 420]

Recuerdo un caso muy sencillo. Se trataba de una estudiante de filosofía, una mujer muy inteligente. Sucedió en el comienzo mismo de mi carrera. En aquel entonces yo era un joven médico y no conocía nada excepto Freud. No era un caso de neurosis muy importante, y yo estaba absolutamente convencido de que podía curarse; pero no se curaba. La muchacha había desarrollado una enorme transferencia paterna sobre mi persona, había proyectado la imagen del padre sobre mí. Yo le decía: «Pero entiéndame, ¡yo no soy su padre!». «Ya lo sé», decía ella, «que usted no es mi padre, pero a mí siempre me parece como si usted lo fuera». Ella se comportó de acuerdo a ello y se enamoró de mí, y yo era su padre, su hermano, su hijo, su amante, su marido —y naturalmente también su héroe y redentor—, ¡todo lo que se pueda imaginar! «Pero», dije yo, «¡esto es un completo absurdo!». «Pero yo no puedo vivir sin él», replicó ella. ¿Qué podía hacer yo con esto? Ninguna aclaración devaluadora era de ayuda. Ella dijo: «Puede decir lo que quiera; es así». Estaba presa en las garras de una imagen inconsciente. Luego me asaltó el pensamiento: «Si hay alguien que puede saber algo de esto, ése es seguramente lo inconsciente, que nos condujo a una situación tan confusa». Comencé, por tanto, a observar seriamente los sueños, no solamente para atrapar ciertas fantasías, sino porque realmente pretendía comprender cómo reaccionaba su sistema psíquico a una situación tan anormal —o a una situación tan normal, si usted quiere—, pues esta situación es de lo más común. Tenía sueños en los cuales yo aparecía como el padre. Tratamos eso. Luego aparecía como el amante, y como el marido, todo esto estaba en la misma línea. Luego comenzó a modificarse mi tamaño corporal. Era mucho más grande que un ser humano normal; en algunos casos llegaba incluso a tener atributos divinos. Pensaba: «Sí, ésta es la vieja idea de redención». Y luego adopté las formas más sorprendentes. Aparecía, por ejemplo, con un tamaño divino, andaba por los campos y la sostenía en mis brazos, como si fuera una niña pequeña, y el viento soplaba sobre el trigo, y los campos se ondulaban como olas del mar, y yo continuaba meciéndola en mis brazos. Y cuando vi este cuadro, pensé: «Ahora entiendo hacia dónde quiere apuntar lo inconsciente: lo inconsciente quiere transformarme en un dios; la muchacha precisa un dios, al menos su inconsciente necesita uno. Su inconsciente se encuentra a la búsqueda de un dios, y porque no puede encontrarlo, dice: “el doctor Jung es un dios”». Y entonces le dije lo que pensaba: «Es seguro que no soy un dios, pero su inconsciente precisa un dios. Ésta es una necesidad real y que debe tomarse en serio. Ninguna época precedente ha logrado calmar este deseo; usted es meramente un payaso intelectual, igual que yo, pero no lo sabemos». Esto cambió la situación por completo; produjo una inmensa diferencia. Pude curar este caso porque logré calmar el anhelo de lo inconsciente.

[OC 18/1, § 634]

La energía de la transferencia es hasta tal punto potente que provoca verdaderamente la impresión de un impulso vital. ¿Cuál es entonces la finalidad de tales fantasías? Una consideración y un análisis preciso de los sueños […] arrojan como resultado una tendencia bastante pronunciada —contra la crítica consciente, que desea reconducir todo a la medida humana— a proveer a la persona del médico de atributos sobrehumanos —inmensamente grande, muy antiguo, mayor que el padre, como el viento que sopla sobre la tierra—, ¡incluso debería a todas luces convertirse en un dios! ¿O es que al final el caso debería ser inverso, es decir, que lo inconsciente intenta crear un dios a partir de la persona del médico, liberar en cierto modo una intuición divina del envoltorio de la personalidad, y que por tanto la transferencia a la persona del médico haya sido un malentendido producido en la conciencia, una tonta travesura del «sano sentido común»? ¿Acaso el empuje de lo inconsciente tendería de forma sólo aparente hacia la persona, pero en un sentido más profundo hacia un dios? ¿Podría el deseo de un dios ser una *pasión* que brotase del impulso natural menos influenciado y más oscuro? ¿Acaso más profundo y potente que el amor a la persona humana? ¿O quizá sea éste el sentido supremo y verdadero de ese amor inadecuado que llamamos transferencia? ¿Quizá un trozo de verdadera *Gottesminne*, que desde el siglo XV desapareció de la consciencia?

Nadie pondrá en duda la realidad de un deseo apasionado por la persona humana; pero que en la consulta médica y representado en la prosaica figura del médico, se presente de forma inmediata como viva realidad un trozo ya histórico de psicología religiosa, por decirlo de alguna manera: una curiosidad medieval —piénsese en Matilde de Magdeburgo—: se nos aparece en primera instancia como algo demasiado fantástico como para tomarlo en serio.

[OC 7, § 214 s.]

Un final

Mi experiencia como médico, al igual que mi propia vida, me han puesto incesantemente ante la pregunta sobre el amor, y nunca fui capaz de dar una respuesta válida. Como Job, tuve que «taparme la boca con la mano. Hablé una vez, no he de repetir» (Job, 40, 4 s.). Aquí se trata de lo más grande y de lo más pequeño, de lo más lejano y de lo más cercano, de lo más alto y de lo más hondo, y nunca puede decirse una cosa sin la otra. Ninguna lengua se encuentra a la altura de esta paradoja. Sea lo que sea que pueda decirse, ninguna palabra expresa la totalidad. Hablar de aspectos parciales es siempre excesivo o demasiado poco, cuando lo que tiene sentido es solamente la totalidad. El amor «todo lo soporta» y «todo lo espera» (I Cor. 13, 7). Este texto lo dice todo. No podría agregársele nada. Nosotros, en el sentido más profundo, somos las víctimas o los medios e instrumentos del «amor» cosmogónico. Pongo esa palabra entre comillas para dejar claro que con ello no me refiero meramente al anhelo, a la preferencia, al favor, al deseo y cosas similares, sino a un todo, único e indivisible, que supera al individuo. El ser humano, como parte, no comprende el todo. Se encuentra sometido a él. Puede decir «sí» o puede enojarse; pero siempre está atrapado y encerrado en el todo. Siempre depende de él y está fundado en él. El amor es su luz y su tiniebla, cuyo final no alcanza a ver. «El amor no acaba nunca», incluso si hablase «las lenguas de los ángeles» o si persiguiese con rigor científico la vida de la célula hasta su fondo más recóndito. Puede documentar el amor con todos los nombres que están a su disposición, pero solamente se perderá en infinitos autoengaños. Si posee un grano de sabiduría, rendirá las armas y llamará a lo *ignotum per ignotius*, es decir, con los nombres divinos. Esto constituirá una confesión de su inferioridad, imperfección y dependencia, pero a la vez un testimonio de su libertad de elección entre la verdad y el error.

[*Recuerdos*, 356]

Siglas y abreviaturas

OC	*Obra Completa* de Carl Gustav Jung, Trotta/Fundación C. G. Jung, Madrid. 1999.
Cartas	*Briefe*, 3 vols., Walter, Olter/Freiburg i. Br., 1972 s.
Sueños	*Kinderträume* [«Sueños infantiles». Seminarios 1936-1941], ed. de L. Jung y M. Meyer-Grass, Walter, Olten/Freiburg i. Br., 1987.
Análisis	*Traumanalyse* [«Análisis de sueños». Seminarios 1928-1930], ed. de W. McGuire, Walter, Olten/Freiburg i. Br., 1991.
Kundalini	*Die Psychologie des Kundalini-Yoga* [«La psicología del yoga kundalini». Seminario 1932], ed. de S. Shamdasani, Walter, Zürich/Düsseldorf, 1998.
Sentimientos	*Über Gefühle und den Schatten. Winterthurer Fragestunden* [«Sobre los sentimientos y la sombra»], Walter, Zürich/Düsseldorf, 1999.
Recuerdos	*Erinnerungen, Träume, Gedanken von C. G. Jung*, Walter, Olten/Freiburg i. Br., 1971, con Aniela Jaffé; [versión castellana, *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Seix Barral, Barcelona, 1964].



CARL GUSTAV JUNG (26 de julio de 1875, Kesswil, Cantón de Turgovia, Suiza - 6 de junio de 1961, Küsnacht, Cantón de Zúrich, Suiza). Psiquiatra y psicólogo suizo, fue el fundador de la escuela de Psicología analítica. Después de sus estudios de medicina en Basilea, se dedicó a la práctica de la psiquiatría e introdujo en ella, junto con Eugen Bleuler, el psicoanálisis freudiano. Tras su ruptura con Freud a finales de 1912 comienza la elaboración de su propia orientación analítica, conocida también como «psicología de los complejos». Una peculiaridad de los trabajos de Jung es que se refieren desde muy temprano a cuestiones de la concepción general del mundo y se hacen cargo de la confrontación de la psicología con la religión. Así ponen de manifiesto que las representaciones originarias que subyacen y son comunes a las diversas religiones constituyen contenidos arquetípicos del alma humana. Además, durante los últimos treinta años de su vida, el estudio de la alquimia le proporcionará a Jung una orientación hermenéutica fundamental. Catedrático de Psicología médica en la Universidad de Basilea a partir de 1944, ejerció su práctica clínica en Küsnacht, junto al lago de Zúrich, hasta su muerte.